



Mi Amigo Imaginario

FAUSTO GENAO

Mi Amigo Imaginario

Mi Amigo Imaginario

Fausto Genao



Todos los personajes y eventos de esta obra son ficticios; cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Título: Mi amigo imaginario
©2024, Fausto Rafael Genao Arias
Todos los derechos reservados.



Fogata
Diseño de la portada: Gif Agencia de Marketing
Fotografías de la portada: Generadas con inteligencia artificial
Lettering y dibujos: Fausto Genao

www.faustogenao.com
info@faustogenao.com

ISBN: 978-9945-18-880-6 (Papel)
ISBN: 978-9945-18-881-3 (e-book)

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente por ningún procedimiento electrónico o mecánico, sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

A mi niño interior:

Perdóname por no haber aprendido esta lección más temprano en la vida. Ahora, sécate las lágrimas, que es momento de vivir.

ÍNDICE:

PRÓLOGO

CAPÍTULO UNO - EL VALIENTE CABALLERO

CAPÍTULO DOS - ¡UN FANTASMA!

CAPÍTULO TRES - DE EXPEDICIÓN

CAPÍTULO CUATRO - DIBUJANDO A UN AMIGO

CAPÍTULO CINCO - ¿QUÉ ERES?

CAPÍTULO SEIS - QUÉ OREJAS TAN GRANDES TIENES

CAPÍTULO SIETE - CREO QUE ERES LINDO

CAPÍTULO OCHO - QUÉ BOCA TAN GRANDE TIENES

CAPÍTULO NUEVE - ABRÁZAME

CAPÍTULO DIEZ - UN SER VIVIENTE MÁS

CAPÍTULO ONCE - FORMAR PARTE

CAPÍTULO DOCE - UNA VISITA INESPERADA

CAPÍTULO TRECE - CAOS

CAPÍTULO CATORCE - RAZÓN DE SER

CAPÍTULO QUINCE - INVESTIGACIÓN

CAPÍTULO DIECISÉIS - IGUALES

CAPÍTULO DIECISIETE - [UN RESCATE INESPERADO](#)

CAPÍTULO DIECIOCHO - [LA BESTIA](#)

CAPÍTULO DIECINUEVE - [ADIÓS](#)

[Palabras del autor](#)

[Grupo de lectura](#)

[Agradecimientos](#)

Aún recuerdo a la bestia. Recuerdo el olor. Recuerdo su mirada, su calor, como su cuerpo peludo hacía cosquillas en mi nariz. Pero también recuerdo el miedo, los colmillos y la sangre.

Capítulo Uno



El valiente caballero

Siempre lo veía en el mismo lugar, mientras yo corría entre los árboles del bosque, huyendo de los goarks y esquivando sus flechas de fuego. Que, por cierto, tenían muy mala puntería.

—¡Mátenlo! —gruñó una bestia.

Olía la peste de los cuerpos sucios de la horda. Ah, horda es una palabra que aprendí leyendo uno de los libros de mi mami. Significa grupo de gente violenta, y los goarks eran bien violentos.

Me detuve y sacudí el trasero, lo que aumentó su ira. Y, tal como esperaba, me siguieron hasta donde los quería llevar.

—¡Aaaah! —gritaron al caer en la trampa.

Colgados boca abajo de las copas de los árboles, uno de ellos me amenazó:

—¡Morirás, pequeño bastardo!

No sabía bien qué significaba bastardo, pero lo había leído en algún lado. Tenía claro que era una ofensa. Una ofensa grave.

—¡Tus flechas atinan como tus insultos! —Me reí.

Gracias a mis reflejos, desenvainé a tiempo y corté una flecha dirigida a mi cabeza. Varios goarks más quedaron colgados frente a mí. Le di una nalgada a uno con el lateral de mi arma y continué corriendo.

Ya solo un grupo reducido me pisaba los talones. Alzaban sus espadas, que refulgían bajo el sol.

—¡Eres hombre muerto! —ladró uno casi a mi lado.

—¡Tengo nueve años! —respondí, cortándole un pie.

Al irse de bruces, arrastró al suelo a tres más.

Sí, a pesar de mi edad y de mi tamaño, era muy diestro. Había nacido para correr y rebanar bestias. No me gusta alardear, pero era el más rápido, ágil y apuesto de mi pueblo, mis padres te lo podrían haber asegurado. Eran los reyes: mi papá, un mortal y valiente caballero según la orden de Melquisedec, y mi mami, una elfa inmortal del bosque de Myriad. Con su piel tostada por el intenso sol, era la más bella de todas las de su clase. Decidieron unirse en amor y tenerme a mí, Caleb. Es un nombre bíblico, se le ocurrió a mi mami porque así se llamaba alguien tan valiente como yo que conquistó tierras mientras se enfrentaba a gigantes, o algo así, no lo recuerdo muy bien.

—¡Ahora! —grité.

Del cielo bajaron rejas, encarcelándolos por docenas.

Escuché cómo las manos se chamuscaban al tocar la madera encantada. Los alaridos de dolor que se extendían por todo el bosque eran un canto para mis oídos. En serio, me estaba divirtiendo.

Los que esquivaron las trampas aún iban tras de mí, pues yo tenía información valiosa acerca de la perla lunar. Según la leyenda, la luna, entristecida por el sufrimiento de los hijos

de Adán, produjo una lágrima capaz de borrar el dolor del alma humana. Muchos codiciaban la perla lunar. Los míos la deseaban para formar el reino perfecto, donde solo hubiera felicidad y amor.

Bueno, bueno, sé que suena un poco cursi, pero no lo es. ¿Alguna vez te has sentido tan triste que querías desaparecer?, ¿o una pesadez invisible tan insoportable que te has pasado las noches llorando, a la espera de que así la carga se aligerase? Créeme, cualquiera desearía esa joya.

—¡Uayayayaya! —Se oyó por los árboles.

Era la señal de mis colegas elfos para anunciar que estábamos en zona de arqueros.

Swuuu, swuuu, swuuu.

Cientos de flechas volaron hasta clavarse en los goarks. Creí que ninguno sobreviviría a eso, pero me equivocaba, pues de entre los cadáveres surgió la figura del general Tsutter. Debías escupir para pronunciar su nombre.

Tsutter era alto, fuerte, y lanzaba vapor por su gran nariz. Se diferenciaba de los demás goarks por su blancura; mi mami lo hubiera llamado albino.

—¡No te dejaré vivo! —Dirigió su espada hacia mí. Le salía sangre por la boca.

Esbocé una sonrisa, que es otra forma sofisticada de decir que sonreí. Y sí, adivinaste, lo leí en un libro.

—¡Ven por mí! —exclamé mientras detenía a los arqueros con una señal.

Con un grito de guerra, Tsutter —escupiendo el «Tsu»— me atacó con su espada, dispuesto a cortarme la cabeza. En el mismo instante que me iba a alcanzar, se oyó un rugido, pero no de goark, sino de algo peor. Caí de nalgas y, cuando Tsutter bajó la espada, volvió a sonar ese rugido que me puso los pelos de punta.

Todo desapareció: los goarks frente a mí, la pila de cadáveres, mis colegas en las alturas... Todo. Solo quedé yo y el rugido, tan real como mi mismo miedo. Estaba paralizado. Mi corazón bombeaba sangre a una velocidad que ningún niño de nueve años debería experimentar. Miré hacia los arbustos, de donde provenía el sonido. Sin pestañear, escudriñé las sombras. Tragué en seco, esperando que no se me escapara ningún movimiento de lo que se escondía ahí. Sabía que lo había escuchado.

Me levanté lentamente, aún con la vista fija en los arbustos. Un gruñido me hizo abrir los ojos como platos. Estaba ahí, observándome, aguardándome.

Grité y corrí por mi vida, de vuelta a casa.

Entre jadeos, tropecé y me caí varias veces con las raíces de los árboles. Una vez frente a la puerta, intenté normalizar mi respiración, no quería que mi papá preguntara qué me había pasado. No quería que sospechara. Aunque él ni se enteraría ni se interesaría, era mejor prevenir que lamentar.

Tomé una última bocanada de aire, sonreí y entré a casa. El sol ya se ocultaba y en el interior había penumbra. A mi papá no le gustaba prender muchas luces, decía que debíamos ahorrar. No entendía qué tenía que ver el dinero con la luz, pero nunca preguntaba.

La casa no era ni muy grande ni muy pequeña. Era... suficiente. La cocina, la sala y el comedor se habían construido de madera, nuestros cuartos y el baño, de cemento. El techo y las paredes presentaban algunas manchas. Aparentemente, en una parte eran filtraciones y, en la otra, madera húmeda por las lluvias de la temporada. Mi papá solía decir que terminaría la

casa en cemento, pero ese día nunca llegaba.

Desde hacía bastante, mi hogar estaba envuelto por una neblina: no se podía ver, pero se sentía. El ambiente resultaba más pesado. Era una de las razones por las que no me gustaba quedarme allí, excepto en mi cuarto, claro; mi cuarto era otra historia.

Cerré la puerta y di unos pasos. Mi papá, en modo zombi frente al televisor, ni se enteró de que había entrado.

—Hola, pa.

Solo recibí un gruñido como respuesta. Fui a la cocina y abrí la nevera. No había mucho donde escoger. La última compra se había hecho varias semanas atrás. Gracias a Dios, al día siguiente era el primer domingo del mes y eso significaba compras.

Me las arreglé con un vaso de leche y una galleta de jengibre que había escondido en el fondo de la nevera. La cerré con el pie y pasé por delante de mi papá sin que él apenas lo notase. Me encerré en mi cuarto.

Se trataba de mi otra guarida, mi lugar favorito número dos. El tercero era la biblioteca del cole. Ya te habrás dado cuenta de que me gusta leer, lo digo por mis «palabras rimbombantes» y mi «forma especial de expresarme», como me decía la profe Cruz. Lo que ella no sabía era que «especial» se traducía como «raro», y lo raro no solía agradar a los demás.

Tendía a corregir a las personas cuando hablaban o escribían mal. Mi mami me avisó de que eso resultaba molesto, pero realmente dejé de hacerlo cuando Juan me propinó una golpiza. Tonto Juan.

No soy un genio del vocabulario, pero me encantan las palabras. A decir verdad, las colecciono. Me gusta cómo, al unirlas adecuadamente, reflejan las ideas exactas que hay en mi cabeza.

Mientras terminaba de comerme la galleta y la leche, saqué mi cuaderno de dibujo y mi lápiz 3B. Además de con las palabras, disfruto dibujando, y según mi profe de Artes, tengo madera para esto.

Garabateé hasta formar una mancha en la hoja. Alrededor, definí los arbustos y, en el centro, con el borrante de otro lápiz, hice dos círculos blancos. Dos ojos mirándome. Mi temor regresó. Arranqué la hoja, la hice una bola y la lancé al zafacón. También sentía curiosidad. Volví a dibujar los ojos entre los arbustos.

Estaba esperándome. Sé que cuesta creerlo, pero oía que me llamaba. Y lo hacía por mi nombre. Okey, okey, sigue conmigo. Era consciente de que solo habían sonado rugidos, pero así lo sentía. Como si cada vez que lo viera, hablara en mi interior y no a mis oídos. Y me pedía que me acercara.

Lo sé. Raro. Tenía fama de rarito en el cole, por lo que no me sorprendería que pensaras lo mismo. Pero no lo era por gusto; en muchas ocasiones había tratado de encajar y, en cada una de ellas, me resultó evidente que yo no era parte de esa manada. O, al menos, eso me hacían sentir.

Aparté el cuaderno y me restregué los ojos. Estaba un poco cansado; después de jugar durante horas, el cuerpo de un niño se cansa, ¿sabes? Me acosté en la cama. Con la mirada fija en el techo, creé ríos en las grietas y caritas o figuras en las manchas. Y luego pensé en eso. En cómo me llamaba.

Sacudí la cabeza para alejar la idea; pero fue inútil, seguía atascado en mi mente. No debía regresar al bosque. Debía dejar de ser mi lugar favorito número uno, aunque supusiera desprenderme de una parte de mí. Pero he vivido tantas aventuras ahí que... que no sería justo abandonarlo así como así.

Decidí que no permitiría que me espantase de esa forma. Era mi lugar favorito y un tonto, a saber qué, no iba a atormentarme así. Me senté en la cama, decidido a enfrentar mi miedo, hasta que reviví el rugido que pronunciaba mi nombre. Y otra vez me acobardé.

Por lo menos, tuve unos segundos de valentía, ¿no?

Suspiré y miré al techo de nuevo. Entonces se me ocurrió hablar con tía Ana. Sí, se lo contaría a ella. No todos los detalles, obvio, pero sí que me llamaba. Sí que me aguardaba.

Definitivamente, lo haría en la primera oportunidad que tuviese en la escuela dominical. Y ella me diría cómo actuar. Y todo volvería a estar bien. Cerré los ojos y se me escapó una sonrisa.

Y sin cepillarme los dientes ni cambiarme la ropa, me dormí. Soñé con goarks derrotados, elfos inmortales y un monstruo escondido en las sombras, que susurraba mi nombre, esperando que lo encontrase.

Capítulo Dos



¡Un fantasma!

Al despertar, me limpié la baba seca. Es uno de mis placeres ocultos, como el de quitarme lagañas o el sucio de las uñas. Al decirlo, suena asqueroso, pero sospecho que todos lo disfrutan.

Yo estaba pegajoso y parecía que algo hubiera muerto dentro de mi boca, puesapestaba. Mi estómago me recordó que tenía hambre. Miré mi reloj. Era increíble lo que hacía la costumbre. Al principio, me fastidiaba levantarme tan temprano. Salí de la cama y fui a la cocina. Como siempre, mi papá dormía en el sillón con el televisor prendido.

—Pa, pa... Ya es de día —dije mientras sacaba los dos últimos huevos de la nevera.

Mi papá gruñó, rascándose la barriga descubierta.

La tele informaba de las noticias, a las cuales no hice caso, pues ¿qué niño que se respete pondría atención en ellas? ¡Aburriido!

Eché aceite en la sartén y encendí la estufa. Sé que pensarás que el fuego es peligroso para alguien de mi edad, pero mi papá permanecía casi siempre en modo zombi y, desde que mami no estaba con nosotros, yo había asumido ese rol, sabía arreglármelas.

Casqué los huevos y esperé a que el aceite se calentase. Me he quemado varias veces, no cosa seria, pero he aprendido a usar una tapa como escudo mientras cocino. Además, la estufa tenía la manía de soltar más flamas de lo necesario, calentaba bastante rápido.

—Pa, hoy es domingo.

Solo conseguí otro gruñido. Era parte del ritual que hasta la quinta llamada no se levantase a comer lo que le había preparado.

Lancé un huevo, protegiéndome con mi escudo. Los hago perfectos, el truco está en echarlos con cuidado en la sartén.

Sssssh. El aceite burbujeaba alrededor de él.

—Pa. —Iba la tercera.

Cogí un plato y saqué el huevo.

—Pa.

Al poco, serví el otro huevo en la mesa.

—Pa, me voy a bañar.

Y así, como el reloj marcaba la hora, a la quinta mi papá se levantó gruñendo.

Busqué mi toalla y entré al baño. Ya sabía cómo asearme sin mojar mi afro, mi mamá se enorgullecía de él. Lo consideraba como un distintivo mío y me había animado a que lo luciera. Había conseguido que me sintiera seguro siendo yo mismo.

Además de maestra, mi madre había sido artista, pintaba cuadros hermosos, normalmente de la naturaleza, y escribía cuentos increíbles que leíamos todas las noches. Una vez me contó que, desde pequeña, su lugar favorito era el bosque y que pasaba horas y horas inmersa en su mundo mágico.

Me quedé quieto frente a la pluma. No había un día que no pensara en ella, en su sonrisa. Su aroma estaba siempre por la casa. Ella olía a hogar.

Tía Ana había sido muy amiga de mi madre. Por lo tanto, automáticamente se convertía en mi amiga. Era de esa clase de persona que se interesa por los demás de forma genuina, no con hipocresía. No aprendí esa palabra de un libro, sino en la escuela dominical. Ella hablaba de los fariseos de la Biblia, que mostraban ser algo, pero, en el fondo, eran otra cosa. Como cuando sonríes porque en navidad tu abuela te regala calzoncillos en vez de juguetes. También decía que había que ser uno mismo, pero ¿qué hacer si uno nunca gusta a los demás?

Pensé en el rugido de la tarde anterior. Tía Ana me ayudaría con eso. Era la única adulta que me entendía.

Continuaba sin abrir la pluma.

He de aclarar que en mi pueblo siempre hacía frío, vivíamos en una parte alta del país, lo que sería perfecto si hubiéramos tenido calentador. Por eso me bañaba cada tres días o más. No me agradaba lanzarme agua helada por el cuerpo.

Luego de pasar dos minutos decidiendo, giré la perilla y el chorro cayó de golpe. No quieras saber lo frío que estaba.

Me sequé, me puse la ropa que apartaba para los domingos y cogí la biblia pequeña que tía me había regalado. Ya listo, noté que mi papá se encontraba en su cuarto.

—Ya me voy, pa —le dije sin mirar dentro.

No oí lo que me decía, pues ya estaba saliendo de la casa. Siempre iba a la igle antes que mi papá. Tenía tanta hambre que me gustaba asistir a la escuela dominical, donde nos preparaban un manjar del cielo para el estómago, por eso dejaba que pa se comiera todo el desayuno. Luego de la escuela, nos uníamos al culto. Debes estar pensando: ¡aburriido! Y opino igual. Muchas veces era superaburrido, no lo niego, parecía que lo hicieran a propósito; como si tuviesen el mensaje más emocionante —pues me consta que la Biblia cuenta grandes historias— y se obligaran a decirlo de la forma más pesada posible. No entiendo a los adultos. Espero ser como Peter Pan y no crecer nunca. ¡Aburriidos!

Quiero parecerme a tía Ana. Ella contaba los relatos bíblicos de un modo tan genial que lo entendía como si Dios mismo me lo explicase.

—Hola, Caleb.

Levanté la cabeza. Era doña Dolores, una de las que servía en la igle y echaba una mano en mi casa para que pa pudiera asistir al culto. Llevaba paquetes y paquetes de comida.

—Hola, doña Dolores, ¿necesita ayuda?

—Descuida, ya estoy llegando. Y sabes que no me gusta que me llames doña, me hace sentir vieja.

—Está bien, doña Dolores.

Sonrió.

—Nos vemos en la tarde.

Dije sí con la cabeza y seguí mi camino.

Vi que los niños corrían a buscar su comida. Me adelanté sin mirar hacia la mesa donde las señoras estaban sirviéndola. Les sonreí y ellas me sonrieron de vuelta, dándome un ponche de frutas y dos sandwichitos de queso y jamón. Me los comí en segundos.

—Muy bien, vamos a empezar, siéntense —dijo tía Ana al entrar—. Hola, cariño. —Me sonrió y me abrazó. Tía siempre llevaba perfume. Cuando tenga esposa, pienso regalarle el mismo para que huela igual que ella y mami. Resulta curioso el papel que juega el olfato en

cómo recuerdas a las personas.

Ah, ella no era mi tía realmente. Llamaban así a todas las señoras que servían en la escuela dominical; nadie lo planeó, simplemente sucedió. Pero yo solo se lo decía a Ana.

En un cuartito contiguo al salón principal, los diez niños nos sentamos alrededor de ella. Solíamos escuchar emocionados las historias que nos relataba y que comparaba fácilmente con situaciones cotidianas. Yo también la habría atendido con los ojos bien abiertos ese día si no hubiese sido por mis ansias de encontrar el momento oportuno para hablarle, no quería que se me escapara la oportunidad.

Al terminar, me acerqué a la mesita para coger lo que había sobrado de comida, pero los demás niños se me adelantaron.

Aunque yo sonreía y saludaba educadamente a niños y a adultos, tía Ana era mi única amiga. No porque los demás fueran desagradables, todo lo contrario, sino porque a mí no me resultaba tan fácil hacer amigos como a ellos. Pero me daba igual, me divertía muy bien yo solito.

—Caleb.

Me volteé y la vi ofreciéndome un sandwichito. Se me escapó una sonrisa de oreja a oreja.

Mientras me lo comía, el resto de los niños hicieron una fila para entrar al salón principal.

—Vamos, ya casi es hora de empezar.

—Hum... Tía.

—¿Sí? —Se giró hacia mí.

Tartamudeé un poco, pero luego me aventuré:

—Quiero decirte algo.

Me miró como si supiera mis secretos más íntimos. No me incomodó, me sentía amado. Le importaba a alguien.

—Claro, dime, cariño. —Se sentó en el suelo, junto a mí.

—Es una pregunta.

—Umjú.

Me quedé en silencio.

—Anda, puedes hacerla.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De alguien, o algo.

—Umjú.

—Pero, al mismo tiempo, no tengo miedo...

—... de ese alguien o algo.

—Sí.

—Umjú.

—Bueno, siento que me llama.

—¿Sientes?

—Sí, me llama para que sea su amigo, creo.

—Oh, ya comprendo.

—Sí, y... —Lo medité unos segundos—. Me da miedo.

—Ir y ser su amigo.

—Hum, se podría decir.

—Déjame ver si lo he entendido: tienes miedo de acercarte a alguien que quiere ser tu amigo.

Así de simple. Por extraño que pareciera, había dado en el blanco. Muy dentro de mí, eso era lo que sentía.

—Hacer amigos puede ser aterrador. Todo lo nuevo, todo lo que te saque de tu mundo, aterra. —Mis ojos se quedaron fijos en ella. Continuó—: ¿Recuerdas que pasó cuando los discípulos estaban en un bote y hubo una tormenta?

Sabía la respuesta, pero dejé que me la contase. Era como si me trasladara a la historia. Mi cerebro solía hacer eso sin mi permiso. Podía escuchar los bramidos del mar, sentir su movimiento, el agua mojando mis pies, la sal en mi boca, ver el cielo lleno de nubes negras y a mí en el bote, junto con mis compañeros. Tenía miedo. Íbamos a hundirnos.

Una ola nos levantó y tuve que agarrarme para no caerme.

—¡Ayuda! —grité, pero mi voz se perdió en la tormenta.

—¡Vamos a morir! —chilló uno a mi derecha.

El terror también se reflejaba en sus caras.

De pronto, la luz de la luna atravesó una de las nubes, dejando que atisbéramos una figura sobre el mar. Era espeluznante. El miedo me abrazó, inmovilizándome.

—Es... Es... ¡un fantasma! —logré gritar a los cuatro vientos—. ¡Un fantasma! —repetí, y lloré como loco.

Se acercaba a nosotros. Y, lo peor de todo, me señaló a mí. Su mirada maligna me dejó sin aliento hasta que pronunció mi nombre:

—Caleb.

Quería cerrar los ojos, pero el terror y la fascinación me lo impedían.

—Soy yo, no temas.

Y entonces, como si la oscuridad huyera, lo vi caminar sobre el agua. Era Jesús. En cuanto entró a nuestro bote, el mar se calmó.

—Así mismo pasa con nosotros, Caleb —continuó tía Ana—. Dios se te presenta de forma aterradora por tus prejuicios.

—¿Prejuicios?

Esa no la había escuchado.

—Hum, cuando piensas algo de alguien antes de conocerlo. —Asentí. Ella prosiguió—: Él se muestra en situaciones que dan miedo. Pero puedes oír su llamada en mitad de la tormenta. Te explica que es él quien está detrás de todo eso, que no temas.

Miré al suelo, tenía un nudo en la garganta. Era increíble como tía Ana siempre llegaba con las palabras adecuadas para enseñarte algo que no sabías que necesitabas. Te digo, era como si Dios hablase a través de ella.

—Creo que debes acercarte. Te vendría bien un amigo —concluyó, guiñándome un ojo.

Sonreí y me terminé el sandwichito.

—Entremos, que ya va a empezar.

—Gracias, tía.

—Siempre, cariño —me dijo, abrazándome.

Me dirigí pensativo a la fila de niños que se dirigía al salón principal. Ya estaba decidido: me acercaría a él.

Capítulo Tres



De expedición

Comida. Lo que quiere todo monstruo es comer. Y, para evitar que te coma a ti, debes alimentarlo, simple lógica. Así que llené mi mochila con pan, salami y queso de los paquetes que doña Dolores había traído en la mañana. Claro que no gastaría todo en un solo viaje, lo que dejaba en casa debía durar un mes.

Cuando eché lo que creí suficiente, teniendo en cuenta que no sabía su tamaño, corrí hacia la puerta. Mi papá siguió con su rutina de los domingos: ver la televisión hasta la madrugada.

Le di un poco de salami a Firulais, el perro callejero del vecindario. Lo había bautizado con ese nombre por el perro de la serie *Rugrats*.

—Lo siento, Firulais, pero el resto es para otro. —Me miró desinteresado y se puso a comer el trozo de salami con tranquilidad. No mostraba mucha energía que digamos, y no por hambre, pues todos le dábamos algo de comer.

Agarré una rama y la convertí en mi espada para abrirme paso en el bosque negro. Corté arbustos y despedacé monstruos gigantes mientras me adentraba en lo desconocido, gracias a mi valentía.

—¡Mueran, pedazos de estiércol! —grité, rebanando docenas y docenas de goarks—. Nada impedirá que consiga la perla lunar. ¡Nada! Sua chin tin sua cachin —agregaba efectos con mi boca a lo épico de mi batalla al tiempo que corría hacia mi destino.

Jadeando, miré alrededor. Las aves cantaban. Cruzaba tantas veces por ese bosque que lo conocía como a la palma de mi mano, y nunca se volvía viejo, nunca me cansaba de contemplarlo. Tal vez, era mi forma de sentirme cerca de mi madre, de no olvidarla. Era el único lugar donde me sentía libre.

Seguía sin oírlo. Caminé hasta el punto donde lo había visto la tarde anterior. Nada. Solo yo y los pájaros revoloteando.

—¡Vengo a hablar contigo! —mi voz hizo eco. No recibí respuesta—. ¡Ya no tengo miedo!

Aún nada. ¿Por qué cuando no buscabas algo lo encontrabas tan fácil, pero cuando te decidías a ir por él era como si se escondiese de ti?

—¡Te traje algo! —Me quité la mochila y la levanté para que, si me estaba observando, supiera que no bromeaba—. ¡Es comida! ¡Mmmm, comida buena!

¿Por qué hablaba así? Seguro que era un animal, pero no uno tonto. Al menos, eso sospechaba.

—¡Sé que fuiste tú!

Silencio.

—¡Esa noche, sé que fuiste tú, lo recuerdo!

Y vaya si lo recordaba. Aunque soñase con eso ocasionalmente, no me cabía duda de que era él.

Me senté en el suelo y esperé, y esperé, y esperé. Luego de varios minutos, todo seguía igual.

—¡Tú me llamaste! —Estaba frustrado. ¿Tanto caminar para que jugara conmigo a las escondidas?—. ¿¡Para qué me llamaste todo este tiempo si al final no ibas a salir!?

Un pajarito asomó por un árbol, seguro que buscaba alimento para sus pequeños. Pero ninguna señal del monstruo.

—¿¡Hola!? —Suficiente, no había ido hasta allí para que me tomara el pelo—. ¡Muy bien, entendí tu indirecta! ¡Adiós!

Más silencio.

Molesto, me levanté y, al darme la vuelta, escuché el gruñido. Era él. Noté que me faltaba el aliento. Me volteé despacio. Otro gruñido, esta vez más agudo, se parecía al de... ¿un perrito?

—¿Hola? —susurré.

Vi una sombra grande a unos pies de distancia, oculta entre las sombras de los árboles. No logré identificar su forma. El miedo volvió a paralizarme, como siempre.

—Soy Caleb...

«Claro que lo sabe, me ha estado llamando durante meses desde aquella noche. No seas tonto, Caleb», pensé.

—Hum, te traje comida. —Le ofrecí la mochila, pero él no se inmutó, solo respiraba pesadamente—. Es buena —continué susurrando, quieto; había visto en incontables películas que extraterrestres y osos interpretaban los movimientos bruscos como ataque. Por eso, todo con calma, negrito.

Saqué el queso de la mochila y lo mantuve en alto. La criatura resopló.

—Es q-queso. Mmmm, bueno...

¿Por qué seguía hablándole así?

Lo arrojé cerca de él, lo que fue una muy mala idea. La bestia retrocedió y luego acercó la cara a la luz, mostrándome los colmillos. Grandes colmillos. El cuento de Caperucita me vino a la mente, justo la escena en la que el lobo ya ha degustado a la abuelita y está listo para tragarse a la niña: «Qué boca tan grande tienes». «Es para comerte mejor».

Abrió y cerró las fauces, de las que escapó otro gruñido. Y fue ahí cuando redescubrí que yo tenía piernas para usar.

—¡Aaaaah! —Corrí por mi vida. Eso no era un goark, sino algo real. Real, real, real.

Miré hacia atrás, pensando que me estaba persiguiendo. ¡No quería morir tan joven! Aunque no era de lo mejor, tampoco merecía que un monstruo ávido de carne tierna me devorara.

—¡Oh, por Dios, oh, por Dios!

Me acordé de mi papá. Lo iba a dejar solo, eso terminaría de destruirlo. Sabía que yo le importaba muy poco desde lo que le pasó a mami, pero perder la única familia que le quedaba lo destrozaría. «Tonto, tonto... “Acércate”, decía tía Ana, “te vendría bien un amigo”. Cómo me gustaría verla ahora y decirle... ¡La mochila! Llevo la mochila encima, el monstruo me ha visto sacar comida de ella. Tonto, tonto. Me persigue por el olor, porque la quiere toda. “Mmmm, comida buena”. Tonto, tonto».

Al intentar quitármela, tropecé y rodé. Pero lo peor de todo fue que lo hice hasta el abismo de Myriad, de cuchucientos pies de altura. Mi madre me había contado que, antes de que yo naciera, un niño del vecindario se había caído por ahí. Lo encontraron dos días

después... muerto.

Logré agarrarme de una raíz que sobresalía. Miré abajo, las rocas me daban la bienvenida: «Ven, ven hacia nosotras y muere». Y como si fuera una película de esas bien malas, la raíz comenzó a desprenderse. Mis manos resbalaban. ¡Genial! Faltaba que en el último momento alguien me tomara la mano y me rescatase, pero eso solo pasaba en las películas. Tonto, tonto.

No me dio tiempo a quitarme la mochila para reducir peso; la raíz se desprendió y la solté. Por unos segundos, sentí que volaba, pero sabía que no era verdad. Caía. «Lo siento, papá».

Todo quedó negro. Morí, morí, morí.

Pero no, seguía vivo. De hecho, creo que aún caía hacia mi muerte segura. Abrí los ojos: una masa peluda me agarraba el brazo. Vaya, no lo había visto venir. ¡Estaba en una película!

Me elevó hasta llegar a la altura de la bestia. Me había salvado. Me miró con sus ojos pequeños, iguales que el mar en la noche, salvo que tenían un brillo amigable. Transmitían lo mismo que un perrito, pero no lo era. Se trataba de un monstruo enorme.

Me puso despacio en el suelo. Continuó observándome como si yo fuera el raro en ese encuentro.

Todo estaba en silencio. No cometería otra vez el error de hacer un movimiento brusco. No era tonto..., tan tonto.

Ladeó la cabeza como un cachorrito. El monstruo, que hacía un rato quería probar este cuerpo caribeño, en ese instante destilaba ternura. ¡Ternura!

—Hola. —Levanté la mano.

Soltó un gruñido agudo, como Chewbacca en *La guerra de las galaxias*.

—¿Tienes problemas de identidad acaso? —Mal, mal, mal. Era como en el cole: no te burles de quien te pueda golpear; en este caso, de quien te pueda comer—. Digo... grrrrr. —Y ahí iba mi intento fallido de gruñir como él.

La bestia se agitó igual que si tuviera epilepsia. Se estaba riendo.

Sonreí, nervioso.

—Sí, gracioso, ¿eh? Perdón por no hablar monstruo como tú.

Se rio aún más fuerte, le hacía gracia a Pie Grande. Bueno, no creo que lo fuera, no se parecía en nada. A los dibujos, me refiero.

—Soy Caleb —dije, algo más confiado—. Aunque eso ya lo sabes.

Ronroneó como un gato.

—Gra-gracias por salvarme.

Ronroneó nuevamente. Al verlo tan dócil, daba la sensación de que era una mascota.

—¿Cómo te llamas? —pregunté, por si me estaba entendiendo.

Solo más gruñidos, no hablaba. Bueno, ¿qué esperaba?, ¿un saludo? Tipo: «Hola, ¿cómo estás?... Qué bueno... Yo aquí, paseando un poco, ¿te puedo comer?». Pero me había llamado, ¿cómo?

Deseaba abrazarlo, lo cual era extraño, ya que hacía un momento pretendía comerme, ¿o lo había malinterpretado? Tonto, tonto. Aunque debía tener cuidado, ¿no?

Recordé la mochila, y saqué un salami.

—¿Quieres?

Ladeó la cabeza para el otro lado.

Estaba oscureciendo y debía regresar a casa. Pero, a decir verdad, prefería quedarme.

¿Sería seguro?

La cabeza comenzó a dolerme y lo primero que se me ocurrió fue lanzarle el salami a la cara. El monstruo cayó sentado, gruñendo, y me fui a la carrera. Me volteé. Se había levantado y olfateaba el salami. Me miró, pero no me persiguió.

—¡Volveré mañana! —Agité la mano, despidiéndome; él solo ronroneó.

Y corrí hacia mi casa sin poder ocultar la sonrisa.

Capítulo Cuatro



Dibujando a un amigo

En el cuarto intento, me di cuenta de que no recordaba cómo era. Me extrañó porque lo acababa de ver. Pasé la página y probé a dibujarlo por quinta vez. Sabía que estaba lleno de pelo, ya era algo. Y tenía ojos pequeños y negros. Pero nada más, como si su imagen hubiera escapado de mi mente, y eso que tenía memoria fotográfica. Tras garabatear la hoja, puse el cuaderno a un lado de la cama. Me acosté, cerré los ojos y me esforcé en acordarme de él. Aunque su figura era borrosa, no olvidaba las emociones que me había provocado: miedo, felicidad, seguridad... Sí, me sentí seguro junto a él. Algo muy extraño, pues estaba aterrado. Pero era como si fuera un... amigo. «Te vendría bien un amigo», me había dicho tía Ana.

Sin darme cuenta, se me saltaron las lágrimas. ¿Qué me pasaba? No iba a llorar por eso, era un niño grande. Me las sequé y no pude evitar sonreír. Un amigo.

Tomé el cuaderno y lo intenté por sexta vez sin éxito alguno. Al final, solo dibujé un garabato con una carita feliz. Era lo más cercano a la realidad que logré recordar.

Me tumbé bocarriba y cerré los ojos para descansar un poquito. Pero, al abrirlos de nuevo, ya se había hecho de día.

Me limpié la baba y me levanté notando algo cálido en el pecho. Estaba feliz. Hacía mucho que no me sentía así. Corrí a la cocina y preparé tres panes con queso, me comí uno y los otros los puse en la mesa. Bebí un vaso de jugo de naranja y enseguida me cambié y me cepillé. Metí mi cuaderno de dibujos y otro salami en la mochila. Papi seguía sentado frente a la televisión.

—Te preparé el desayuno —dije al salir, y me tropecé con unas personas que se acercaban a la puerta—. Lo siento. —Miré adelante.

—Hola, Caleb —sonrió tía Ana.

Era el grupo que venía a casa para ayudar con los quehaceres semanales y orar con papá. Estaba doña Dolores y varios hombres.

—Hola —sonreí de vuelta.

—Veo que te levantaste con ánimo hoy.

—Sí, hice caso a lo que hablamos —le susurré.

—Oh, me alegro mucho. ¿Tu padre se ha despertado?

—Sí, está en el sillón.

—Puedes acompañarnos cuando quieras, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, gracias, tía. Pero voy donde mi... amigo.

Tía Ana me dedicó la sonrisa más cálida que había visto. Se parecía mucho a mi mamá.

—De acuerdo, querido, que te vaya bien.

—Gracias.

Los dejé entrar y corrí hacia el bosque. Realmente, evitaba participar en esos grupos que iban a mi casa. Como diría tía Ana, era un mecanismo de defensa. Tengo muchos de esos.

No me fijé en el trayecto; estaba tan emocionado que no podía pensar en nada más que en

llegar.

—¡Hola! —grité al detenerme en el mismo sitio que la tarde anterior—. ¡Soy yo!

No contestó. Tal vez pensaba jugar al escondite cada vez que me acercara a él, ¿o estaría durmiendo?

—¡Te traje más comida!, ¡salami, como ayer!

Volteé al oír unas pisadas. Sonreí de oreja a oreja.

—Supuse que te gustaría, por eso te traje más.

De entre los arbustos apareció una figura que no esperaba encontrar en mi lugar favorito. «Rayos, aquí, no».

—¿Qué *hace*, raro? —escupió.

De detrás de él, salieron otros tres, los secuaces de Juan.

—Pregunté que qué *hace*, raro. Debes responder cuando *lo mayor* te *hablamo*.

Solo tenía un año más que yo. Claro, no se lo iba a decir, ya que sería sentenciarme a muerte ahí mismo.

Podía ver el vaho saliendo por la narizota de Juan. Con él conocí la palabra «albino», se creía la gran cosa por no ser del color de los demás. En fin, se trataba de un gordo abusador, no había una manera bonita para describirlo. Digamos que él estaba arriba de la cadena alimenticia y yo, muy por debajo.

—Responde. —Uno de sus secuaces, de tez morena igual que yo, se aproximó a mí.

—Nada —dije, con la vista fija en el suelo.

—*Tábamo aburrio* y, al verte correr tan feliz, *queríamos* saber qué tramabas —dijo Juan.

No contesté, no subí la mirada, no respiré.

—¿Con quién hablabas, bobo? —Juan me agarró por la camisa, levantándome un poco. Era endemoniadamente fuerte—. Parece que *ta* mudo el muchachito. —Sus amigos rieron—. Hablabas solo, ¿no, raro? —Más risas—. ¿Qué llevas en la mochila?

«No, la mochila no». Tragué en seco y me odié por ello. Juan sonrió con malicia.

—Oh, sí, la mochila sí —dijo, como si me hubiera leído la mente.

Me arrojó al suelo y dio un paso hacia atrás.

—Quítensela —ordenó sin moverse.

Lo que siguió me pareció uno de esos documentales de Animal Planet en los que las fieras rodeaban a su presa asustada, jugando un poco con ella para luego comérsela viva. Linda escenita.

Me cubrí la cara mientras ellos me propinaban golpes. Realmente, no me afectaba, ya que se había convertido en una rutina en el cole. Podía descansar de Juan durante las vacaciones, pero las clases empezaban a la mañana siguiente y ese era un preludio de lo que me esperaba, su modo de recordarme nuestras respectivas posiciones en la cadena alimenticia. Lo que sí me hacía sentir vulnerable era que por primera vez me atacaban en mi lugar favorito número uno. Ya no tenía un sitio seguro donde ser yo sin que me molestasen.

Me arrancaron la mochila y se la dieron al jefe de la manada. Arrojó todo al suelo: mi cuaderno, los lápices y el salami.

—Bueno, chicos, ya *tenemo pa* comer. —Todos rieron—. ¿Qué *hemo* dibujado hoy? —Pasó las hojas del cuaderno—. ¿En serio? Cuááánto talento —se burló mientras mostraba los garabatos. Los demás se reían—. De seguro tu mami te mentía diciéndote que eras talentoso,

¿verdad, rarito?

La ira creció en mi pecho. Quería golpearlo, romperle los dientes... Sin embargo, permanecí inmóvil en el suelo.

—Oh, el muchachito *ta* molesto porque le mencioné a su mami, ¿eh? —Se agachó frente a mí, podía sentir su aliento caliente—. Te voy a dar una lección de vida, Caleb: *ere* una basura, y no quiero que lo *olvide*. ¡Basura! —dijo, y me escupió en la cara.

Se levantó, me lanzó el cuaderno, rompieron mis lápices y se llevaron el salami. Quedé solo en el bosque. Mi vista se nubló.

No tenía valor para pelear. Él tenía razón, era un debilucho incapaz de defenderme. De defender a mi mami. Intenté detener mis sollozos. No podía ni parar mi estúpido llanto. ¡Era una basura!

Me sequé las lágrimas, pero seguían saliendo como pluma de agua que no se cierra. Basura... Basur...

De la nada, sentí un cuerpo cálido. Levanté la cabeza y vi al monstruo a mi lado. Me cubría por completo con sus dos enormes brazos.

No me resistí. Soltando un ronroneo, me abrazó con más fuerza. Continué llorando. Mi nariz detectó un olor familiar, un olor a ella, un olor a hogar.

Miré sus ojos, grandes y marrones claros. No los recordaba de esa forma, ¿o sí? Me pasó la garra por la cara, su pelaje azul me hizo cosquillas. Me reí. Se le escapó otro ronroneo, esta vez más corto. Lo solté y me sequé de nuevo las lágrimas. Cogí el cuaderno y uno de los lápices rotos. Comencé a dibujarlo: gordo, peludo, caminaba sobre dos patas, con brazos más largos que la patas, orejas chiquitas y puntiagudas, colmillos grandes, ojos... Borré los ojitos que había dibujado en el garabato y se los puse grandes y claros.

Dejé el cuaderno a un lado y me quedé contemplándolo. Él también a mí.

No se parecía a ningún animal que hubiera visto. No había ningún oso de ese color; además, aquí no existían los osos. En definitiva, no era nada que yo conociera.

Capítulo Cinco



¿Qué eres?

Desperté sobre su vientre. Era muy cómodo. Había oscurecido sin que me diese cuenta. Me levanté y lo miré dormir.
—Volveré —le susurré.

Corrí a casa. Al entrar, vi que mi papá estaba en su sillón frente al televisor, igual que siempre. Fui a mi cuarto y me acosté en la cama. Tardé en conciliar el sueño porque no podía contener la felicidad.

Por la mañana, me preparé para el cole. Apenas lograba moverme sin que un músculo me doliera. Tenía moretones por todo el cuerpo. Utilicé un abrigo para ocultarlos mejor. Me tosté pan y cociné unos huevos. Mi papá seguía en su sillón.

—Desayuno en mesa —le dije, saliendo por la puerta.

Como de costumbre, de camino al cole acaricié a Firulais. Otros compañeros iban hablando entre ellos, seguro que contándose lo que habían hecho en sus vacaciones. Yo intentaba no llamar la atención, no quería encontrarme con Juan en mi primer día.

Hicimos varias filas, esperando el discurso de la directora, algo así como «el futuro, mentes abiertas para aprender» y tonterías de esas. Aunque todos guardaban silencio, nadie escuchaba. Por lo menos, yo no lo hacía, continuaba pensando en él. Desde una de las filas, Juan me miraba fijamente. Un frío me recorrió el cuerpo y desvié la vista hacia otra parte. Gracias a Dios, no estábamos en el mismo curso, eso hubiera sido un infierno.

La directora terminó y nos fuimos a las aulas. Me senté en mi silla de siempre mientras los demás hablaban entre ellos. Estefany se volteó hacia mí.

—Hola, Caleb.

—Hola, Estef. —Levanté la mano tímidamente.

—¿Algo nuevo en las vacaciones?

—Hum... —Por unos segundos, pensé en contarle mi descubrimiento—. No, nada nuevo. ¿Y tú? —Ella me sonrió de oreja a oreja. Genuinamente sorprendido, dije—: Oh, te quitaron los *brackets*. —Lucía más bonita de lo usual.

—Se siente tan bien. —Se pasó la lengua por los dientes, alineados a la perfección.

—Qué bueno. —No supe qué más agregar, solía quedarme corto al iniciar o continuar conversaciones.

Estefany sonrió otra vez y, tras guiñarme un ojo, se giró para hablar con sus amigas. Bajé la mirada y me entretuve garabateando en mi cuaderno.

Luego de unos minutos, entró Vargas, nuestra profesora titular. Dio su típico discurso y comenzamos las clases. Los primeros días eran superaburridos, cada profesor se creía con el deber de transmitirnos palabras motivadoras y alguna que otra enseñanza para calentar motores. Mientras, yo esperaba una oportunidad para ir a la biblioteca y hacer mi investigación.

Después de varias clases, el timbre anunció la peor de las horas: el recreo. No me malentiendas, no tengo nada contra el recreo en sí, pero detesto pasarme ese rato solo, parado

frente a una pared hasta que suena el timbre para que regresemos al aula. No disponía de dinero para comprarme algo de comer y lo que había en casa no duraría si me lo llevaba a la escuela, así que aguantaba la mañana entera con el desayuno.

Fui el último en salir. Bajé las escaleras y busqué a don Olivares, encargado de la biblioteca, para suplicarle que me dejara entrar en horas de recreo. Me lo habían prohibido porque los profes consideraban que debía sociabilizar más, pero qué sabían ellos. Gracias a Dios, los primeros días, las reglas eran más fáciles de romper.

—Rarito —dijo a mis espaldas Juan.

Hice como si no lo hubiera oído y seguí caminando, pero uno de sus amigos me cerró el paso.

Suspiré.

—¿Adónde *va* con tanta prisa? ¿No pensabas saludarme? —preguntó con tono dolido.

Todos se rieron.

Miré a mi alrededor, ansiando encontrar a algún profesor. Ninguno a la vista.

—Pensé que *éramo amigo*.

Bajé la cabeza, el dolor de los moretones se avivó. Los tres me rodearon. ¡No, otra vez no!

—¡Muchachos! —se oyó la voz de don Olivares—, ¿todo bien?

El cambio fue automático, de matón de mala muerte a «no mato ni un mosquito». Juan sabía cómo engañar a los adultos.

—Sí, don *Olivare*, solo *tábamo poniéndono* al día con nuestro amigo, ¿*verdá*, Caleb?

Era como si sus ojos me cortasen.

—Hum, sí —dije con un hilo de voz.

Don Olivares nos observó durante unos segundos y asintió.

—Pues váyanse a hablar al patio, no aquí, por favor.

—Sí, *vámono*. —Su brazote me estrechó los hombros, empujándome hacia la salida.

Desesperado, me giré hacia don Olivares:

—¿Puedo ir a la biblioteca?

Juan se detuvo, lanzándome otra de sus miradas asesinas.

—Sabes que no puedes...

—Solo por hoy, es para investigar algo —supliqué.

Don Olivares miró a Juan, luego a mí, luego a Juan otra vez. Y sin apartar la mirada de él, contestó:

—Sí, solo por hoy, Caleb.

—No *hemo* terminado —me susurró Juan al oído antes de soltarme e irse fuera.

Salvado en esta ocasión.

—Gracias, don Olivares...

—Si te están molestando, peque, puedes decírselo a...

—No, no me molestan. Solo quiero ir a la biblioteca.

Me miró con frustración, pero caminamos escaleras arriba.

—Todo tuyo, campeón —dijo, dándome paso al cuarto.

Me encantaba ese lugar, lástima que solo fuera una vez a la semana. No sé por qué, pero consideraban más importantes las otras materias que aventurarse en un sinfín de libros. Había

cuentos de dinosaurios, piratas y niños malcriados que al final ya no lo eran. También historia dominicana, como la independencia de la República, la Guerra de Abril y otras más que no recuerdo y que nunca me interesaron mucho. Y libros de cocina, matemáticas, acertijos, animales... ¡De animales! Ese era.

Me senté en la mesa y lo ojeé. Ninguno se parecía al monstruo. Busqué otros, y nada, nada de nada. Hasta que me vino una idea de repente: ¿y si se trataba de un animal en extinción? Recordaba un libro sobre ese tema, ya que una vez nos pusieron una tarea en Naturales. Teníamos que recortar varias especies extintas y pegarlas en los cuadernos.

¡Eureka!

Ahí estaba: *Animales en peligro de extinción y extintos*. Lo abrí. No recordaba que el guacamayo de Spix estaba en extinción. Qué pena, era un ave muy bonita. Debía concentrarme en buscar un monstruo azul con grandes colmillos que viviese en Jarabacoa.

Mandrill, oso polar, mono dorado de nariz chata, tortuga angonoka, pangolín, ajolote (similar a un pokemón)... Eran muchos los que estaban en peligro de extinción, pero ninguno lucía como lo que había visto en el bosque.

Pasé a la parte de extintos: foca monje del Caribe, vaca marina (que no se parecía en nada a una vaca), cuaga, alce irlandés... Nada. Hasta que me encontré con una página en la que habían recortado la imagen de un animal. Al lado, tenía escrito «dodo». Solo se leía parte de la descripción: «... es la única especie desaparecida, aparte de los dinosaurios, que...», «... cuando los humanos llegaron al país...», «trayendo consigo otros animales y su propio apetito por la carne, el dodo no duró mucho».

¡Lo había encontrado! Tenía que ser ese, la única foto que faltaba. ¡Me había hecho amigo de un dodo!

—Ya se acabó el recreo —dijo don Olivares al entrar por la puerta.

—Sí, ya terminé.

—¿Y qué buscabas?

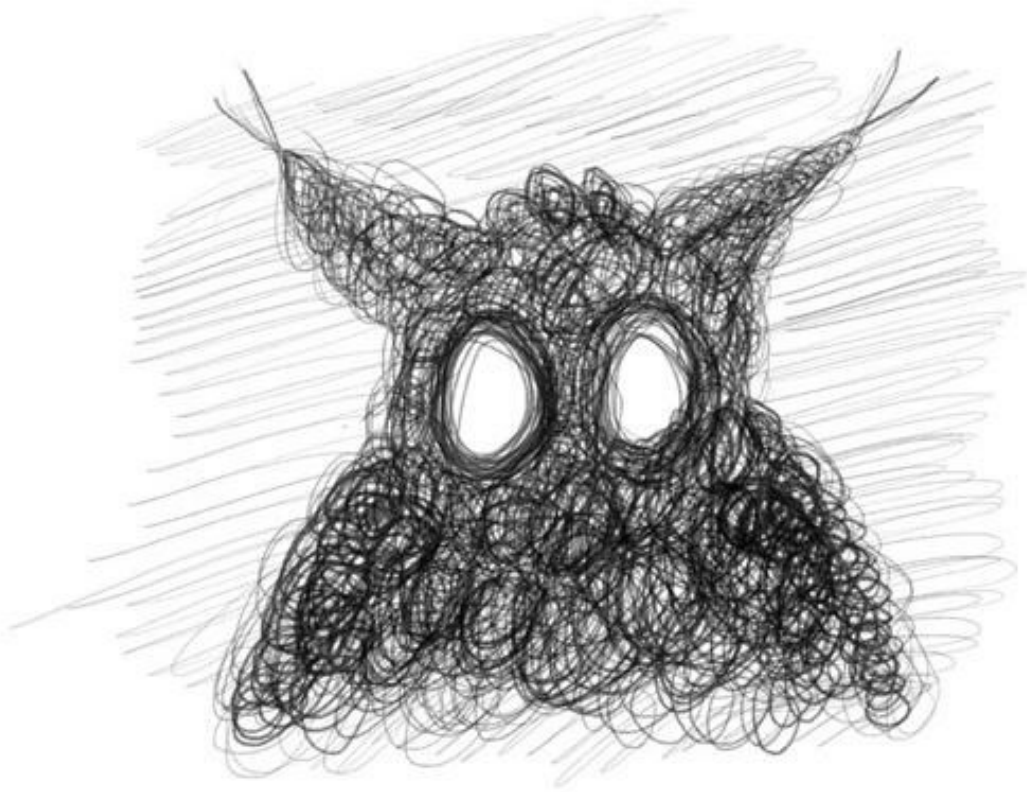
Me puse el dedo en los labios para pedirle que guardara el secreto.

—He hecho un descubrimiento.

—Oh —fingió sorpresa.

Corrí hacia la fila. No tenía tiempo para Juan y sus lamebotas. Iba a ser famoso, uno de esos científicos o arqueólogos que descubren cosas importantes. Tan pronto saliese de las clases, iría de cabeza a ver a mi amigo dodo.

Capítulo Seis



Qué orejas tan grandes tienes

Las horas restantes fueron una tortura. No escuché a mi profe de Matemáticas explicando el no sé qué de la raíz. Mucho menos la clase de Historia o de Inglés. Verbo *to be*. Yo *be*, tú *be*, él *be*, nosotros... Rayos.

¡Ring, riiiiiiing!

Salí disparado por la puerta, a pesar de que normalmente era el último en irme del aula. Esquivé varios alumnos y choqué con otros cuantos.

—Perdón... Perdón.

Solo me detuve al ver que Juan estaba parado cerca del portón. ¿Esperándome? «No *hemo* terminado». No había forma de marcharme sin que se diera cuenta. Tenía que hacer algo.

—Hasta mañana, Caleb —dijo Estef detrás de mí.

¡Eso era!

—Ah, Estef, ¿me haces un favor?

Ella me miró, curiosa.

—Claro.

Le conté la situación, lo esencial para que quisiera ayudar; lo del dodo no, claro.

—¿Sabes? Podemos decírselo a la directora.

—No, no, no. No quiero complicarlo, solo irme ya.

Sin duda, si metía en esto a la directora, firmaba mi sentencia de muerte.

—Está bien —dijo, guiñándome un ojo.

Debía de tener algo en ese ojo, pues siempre que hablábamos hacía lo mismo. Estuve a punto de recomendarle que se lo chequease la enfermera, pero eso la hubiese distraído del plan de escape, así que me lo callé.

—Gracias.

Estefany, sin titubear, se acercó a Juan y yo me escondí detrás de una columna. Los vi hablar, los vi sonreír y los vi alejarse del portón. No sabía qué rayos le había dicho, pero lo importante era que había funcionado.

Salí corriendo del cole y me dirigí a mi casa. Comí lo que pude, escondí unos panes y queso en mi mochila y me fui al bosque sin que mi papá se molestara en quitar los ojos de la tele.

—¡Hey! Estoy aquí —grité. Para mi sorpresa, el monstruo vino a mi encuentro—. Hola..., dodo. —El monstruo ladeó la cabeza—. Sí, ese será tu nombre: Dodo. Lo leí en un libro de animales extintos. Al parecer, estás extinto.

Dodo olfateó mi mochila.

—Ah, sí... Ten. —Le tendí un pan y queso.

Dodo dio un paso atrás, asustado.

—Ja, ja, ja, no te lo lanzaré. —Me olfateó la mano—. Está bien, soy amigo.

Devoró la comida de mi palma.

—Eres un comelón, ¿verdad?

Dodo ronroneó y, por un instante, creí que la palabra «amigo» salía de su boca. ¿Estaría volviéndome loco?

—¿Puedes hablar?

Solo gruñó.

—Creo que no.

Tal vez se debía a que no había reposado luego de comer.

Me senté bajo un árbol y le hice ademanes para que se acomodara a mi lado. Enseguida obedeció. Era como un perrito o, más bien, un gatito, uno muy grande. No aguanté más las ganas y lo abracé. Sus pelos me hicieron cosquillas en la nariz.

Dodo saltó sobre mí, aplastándome con su enorme cuerpo azul. Yo reí. Lo empujé para que rodara y me levanté rápido. Ronroneando, me empujó también y caí de nalgas. Reí aún más.

Lo empujé de vuelta y corrí en círculos mientras Dodo me perseguía. Tomé mi espada y la blandí contra él.

—¡Llegó tu hora, bestia animal!

¿Bestia animal? Sí era bestia, obvio era animal, ¡duh!

Dodo me miró con curiosidad.

—Sé que escondes la perla lunar, dime dónde está.

Gruñó.

—Ah, la bestia no habla. —Me incliné y le susurré—: Es solo un juego, Dodo, no lo tomes como algo personal.

Ladeó la cabeza.

—¡En guardia!

Y con agilidad, me abalancé sobre el monstruo. La batalla fue tan épica como las de las películas de Hollywood, pero era la realidad, una batalla por la perla que eliminaría todo sufrimiento humano.

Las horas pasaron y el sol se empezó a esconder tras los árboles. Jadeando y riéndonos, Dodo y yo caímos al suelo.

—Peleaste con valentía, bestia peluda. Pero nadie es más fuerte que yo, Caleb, caballero de Myriad.

Me lancé sobre el estómago de Dodo, que dio un alarido de derrota. Me quedé quieto encima de él. Era tan suave.

—¿Sabes, Dodo? Hueles a ella. —Inspiré como si quisiera que el olor permaneciese en mi nariz para siempre—. A mi madre, digo.

Puso su garra en mi cabeza. ¿Consolándome?

—Me entiendes, ¿verdad?

Pestañeó.

—Claro que me entiendes.

Contemplamos los árboles en silencio. Era algo que yo disfrutaba y, al parecer, mi nuevo amigo, también.

—¿De dónde vienes? ¿Dónde están tus padres? ¿Cuánto tiempo estuviste en el bosque solo? Si es que estás solo. —Y como si la idea me golpeara, lo miré a los ojos—. ¿Te comunicas por telepatía, igual que el profesor Xavier de los X-Men? ¿Así me llamabas?

Me senté y me puse los dedos en la cabeza, esforzándome por transmitirle mis pensamientos. Dodo abrió mucho los ojos y con una garra me tumbó en el suelo.

—Okey, creo que no. —Suspiré.

El cielo se pintó de un naranja intenso. Amaba los atardeceres, como mi mamá.

—Lo de mi mamá fue hace tanto tiempo que temo olvidarla, por eso me dejo el afro —le expliqué a Dodo—. «Es uno de tus encantos», me decía. Me dolió mucho cuando la perdí. Pero eso ya lo sabes, sé que lo sabes... Estuviste allí, ¿verdad? Lo recuerdo. Tú me encontraste en el bosque.

Dodo se quedó en silencio. No ronroneó. No gruñó.

—Lo que más me molesta es que ese día me volví invisible para mi papá. Siento como si los hubiera perdido a los dos a la vez.

Me agradaba hablar con alguien. Alguien que me escuchaba de verdad. No me cabía duda de que él me entendía. Como la amistad entre un humano y su mascota: se entienden sin necesidad de palabras. No es que viera a Dodo como una mascota, no... Era mi amigo.

—Serías buen terapeuta, ¿sabes?

Ronroneó.

—Bueno, ya tengo que irme, nos vemos mañana después del cole.

Al llegar a casa, me fui a la cama sin cenar. Me sentía tan ligero, tan... libre. Sonreía de oreja a oreja. Hacía mucho que no me encontraba así. Contemplé el techo hasta quedarme dormido y soñé con mi recuerdo: corría por el bosque, llorando en la oscuridad, y unas garras me abrazaban; olía a...

—¡Aaaah!

Desperté de golpe al oír un grito.

Se escuchaba un balido. Balido es lo que emiten las cabras cuando... Pero ¿qué hago? No es tiempo de eso.

Salí de mi habitación y seguí a mi papá hasta la puerta.

—Espera aquí, puede ser peligroso —me dijo, cerrando tras él.

Me asomé por la ventana. Un grupo de vecinos con linternas rodeaba a Firulais, que daba alaridos de terror.

—Un animal..., una bestia —explicaba una de las vecinas, aparentemente la que había gritado.

—Cálmate. ¿Qué dices? —preguntó mi papá.

La vecina señaló su establo.

—Las cabras hacían mucho ruido y fui a mirar. Pensé que me las querían robar, pero, cuando alucé, una bestia grande... ¡se estaba comiendo una!

Los vecinos alumbraron el establo. Aun desde donde me encontraba, vi el charco de sangre. Y, como por instinto, la luz de mi papá se dirigió a mis ojos, cegándome unos segundos.

—¡Caleb, a la cama!

—¡Pero...!

—¡A la cama dije!

Asustado, corrí a mi cuarto y me oculté entre las sábanas. Mi corazón latía a millón por minuto. No por la sangre ni mucho menos, esas cosas no me daban miedo, salía a cada rato en

Animal Planet, sino por las palabras de la vecina: «Una bestia».
¿Dodo?

Capítulo Siete



Creo que eres lindo

Dibujé un monstruo con grandes colmillos devorando una cabrita.

«Mmmm, cena».

Arranqué la hoja y la lancé al zafacón. Estaba en Historia, la maestra explicaba algo acerca de una batalla en el mes de marzo, no recuerdo bien, ya que todas mis neuronas pensaban en Dodo y en lo sucedido la pasada noche.

¿Habría sido él? En ese caso, ¿cómo conseguirle carne que no fueran cabras? ¿Gallinas, tal vez? Eso era un poco cruel, ¿no?

—Dibujas lindo.

—¿Eh?

Levanté la vista. Estefany miraba mi dibujo. Me fijé en que no había dibujado la sangre aún. Qué alivio.

—No dibujo tan bien.

—Sí lo haces, está muy lindo. ¿Qué es?

Eso mismo quería saber yo.

—Un dodo.

—¿Dodo?

—Yeap.

—Ji, ji, ji, no.

—Sí, lo vi en un libro de animales extintos.

—Bueno, creo que te equivocas. Pero de todas formas está lindo.

—Ya.

Silencio. Siempre odiaba esos silencios con los demás. Era como si esperaran que dijese algo, pero ¿qué?

—Gra-gracias por lo de ayer —me aventuré.

Se mostró confusa, pero al instante cayó en la cuenta.

—Ah, lo de Juan. Tranquilo, fue pan comido.

—Ya, gracias... ¿Qué le dijiste?

—¿Perdón?

—O sea, qué le dijiste para que se moviese de la puerta.

Estefany se sonrojó y, con un dedo silenciador en los labios, susurró:

—Eso es un secreto de mujer.

Y, como de costumbre, me guiñó un ojo antes de voltearse.

Las mujeres se comportaban raro a veces.

Riiiiing riiiiiiing.

Perfecto, había llegado el recreo. Esperaba que Juan no se acordase del incidente del día anterior, no tenía ánimo para lidiar con él en esos momentos.

Me fui solo a mi habitual pared. Pasé el rato pensando en formas de conseguirle carne a Dodo sin sacrificar ningún animal grande. ¿Insectos? Se consideran carne, ¿no?

Desde lejos, Juan me miraba de tanto en tanto. De seguro que no se le había olvidado nada. Pero parecía entretenido riéndose con un grupo de populares. Entre ellos estaba Estefany. No sé por qué me sorprendió. A las maestras les caía bien, sacaba muy buenas notas y trataba con amabilidad a todos. Incluso a mí.

Seguí absorto en mis pensamientos hasta que noté que unas muchachas de las populares se acercaban entre risas. Mi corazón se aceleró. Me rodearon como cazadoras a su presa. Nunca había sido el centro de algo, me sentía muy incómodo.

—Hola, Caleb.

—Hola —dije sin alzar la vista.

Más risas y miradas de complicidad entre ellas.

—¿Sabes, Caleb? —Beatriz, la más popular de todas, dio un paso adelante—, estamos jugando a verdad o reto. —Había oído sobre eso, pero nunca había jugado. Solo los populares lo hacían—. Y a mí me toca cumplir un reto. —Se me aproximó aún más—. ¿Sabes cuál?

Risas y susurros.

—N-no...

—Debo besarte.

Y, de pronto, pegó sus labios a los míos. Espantado, me aparté.

—¿Qué pasa, Caleb?, ¿no te gusta? ¿Acaso eres mamita?

—Déjenlo —dijo Estefany, pero no la vi, pues varias me agarraron de los brazos y la cabeza para que me mantuviese quieto—. Chicas, ya basta —insistió.

Los labios de Beatriz volvieron a pegarse a los míos, pero esta vez venían con saliva incluida. Nunca pensé que los besos fueran tan asquerosos.

Me liberé y me limpié la boca.

—Así que eres mamita —dijo Beatriz, retrocediendo—. Reto cumplido: he besado al más feo del colegio.

Estallaron en carcajadas que dolieron como puyones en el corazón.

Y tal como se inició, terminó. Todas se alejaron cuchicheando. A lo lejos, Juan se reía con sus secuaces. No me cabía duda de que había sido idea de él.

Me sentía avergonzado. Siempre había querido guardar mi primer beso para mi esposa. Cursi, lo sé, pero era lo que pensaba. Mi madre me había dicho que un beso debía darse a alguien que amaras, pues se trataba de un momento especial. Y ese no había sido para nada especial, solo... asqueroso. No sabía que un beso involucrara tanta saliva.

De pronto, noté una calidez en mi mejilla izquierda. Eran los labios de Estefany.

—Yo creo que eres lindo —dijo, y se fue.

Me quedé en blanco. La cara me ardía. ¿Qué rayos había pasado?

Levanté la cabeza y vi como Estefany se alejaba. No volvió al grupo de populares. Juan había dejado de reírse. Me miraba amenazante. Seguro que no estaba pensando nada lindo acerca de mí.

Capítulo Ocho



Qué boca tan grande tienes

Todo pasó rápido y sin previo aviso.

—¡Corre, Dodo!

Los goarks habían encontrado nuestro escondite secreto y nos habían rodeado. No teníamos por donde escapar, creíamos que era el fin.

Me habían envenenado, notaba un dolor insoportable en el pecho.

—¡Corre, Dodo! ¡Corre!

Pero Dodo no corrió, sino que se quedó a mi lado, dispuesto a morir por mí.

—¿Dónde está la perla? —gruñó la goark.

Se trataba de la líder. Las goarks femeninas eran las criaturas más desagradables del mundo, incluso más que los machos. Resultaban grotescas con sus bocas enormes y sus lenguas largas como las de las serpientes. Su saliva contenía el veneno más mortífero de la Tierra, paralizaba un corazón en minutos. Y yo sería una víctima más si no recibía el antídoto pronto.

—Si contestan ahora, tal vez dejemos a uno vivo —me dijo con una sonrisa. Ya me daba por muerto.

—Prefiero morir a darte información.

Dodo gruñó como Chewbacca para secundar mis palabras.

—Bien dicho, Dodo.

—¡Ja! ¿Acaso no te gustó mi beso? —Sacó la lengua, lista para atacar a Dodo como un látigo.

—Prefiero comer caca de perro que volver a sentir tu asquerosa lengua. —Escupí en el suelo.

La ira afloró en el rostro de las goarks y se abalanzaron sobre nosotros con sus hachas, dispuestas a matarnos. Nunca imaginé que moriría tan joven.

—Fue un placer luchar a tu lado, Dodo...

De la nada, un destello blanco nos iluminó, cegando de dolor a las goarks.

—¡Uayayayaya!

Los elfos nos habían salvado. Un centenar de flechas llovió sobre los enemigos.

—¡Corran! —gritó Tara, una de las elfas, mi amiga de la infancia.

Y así lo hicimos, como si nuestras vidas dependieran de ello. Porque sí, dependían de ello. Hasta que caí sin aliento. El veneno estaba paralizando mi corazón.

—Oh, no —susurró Tara junto a mí—. Conozco este cuadro, es veneno de lengua de goark, debo darte el antídoto lo antes posible. Caleb, ¿me escuchas? ¿Caleb?

Pero me había sumergido ya en un mar de tinieblas y dolor. Conocía bien esa sensación desesperada de ahogo. La primera vez que la experimenté fue cuando mi mamá...

Un rayo de luz partió la oscuridad como un cuchillo la mantequilla. Noté su calidez en mi cara. Toda la negrura desapareció y las copas de los árboles que me rodeaban me dieron la bienvenida al mundo de los vivos.

Okey, okey. Recuerda: leo mucho.

Tara estaba besándome en la mejilla. El beso de una elfa era la única cura del lengüetazo de una goark. ¡Lógico!

—Hola de nuevo.

Antes de que pudiera contestar, Dodo se abalanzó sobre mí.

—Aaah, Dodo, pesas.

Nos sentamos en la hierba.

—No sabía que los besos fueran tan mágicos.

Dodo apoyó su garra en mi cabeza, como si supiera más del tema que yo. Lo golpeé en la panza. Cualquier parte que le tocara era igual de suave que un almohadón. Solo le provoqué un bostezo. Abrió la boca tanto que parecía que fuera a comerse una cabrita de un bocado. Vi sus colmillos filosos.

«Una bestia», había dicho la vecina.

—¿Dodo? —Me miró fijo con sus ojos bien grandes—. Nada.

Era imposible que él hiciera algo así. Pero, por si acaso, debía llevarle más carne para satisfacerlo. ¿Dónde la conseguiría?

Las horas pasaron mientras contemplábamos en silencio los árboles y peleábamos con más goarks, buscando la perla lunar en todos los rincones del bosque. Hasta que anocheció.

—Bueno, Dodo, nos vemos mañana —dije, abrazándolo.

Se me había ocurrido un plan. Antes de regresar a casa, iría a otro lugar para confirmarlo.

Caminé durante quince minutos y llegué a un gallinero donde había cientos de gallinas. Tal vez exagero, pero sí había suficientes como para que Jorge, el dueño, no se percatara en caso de que le faltasen una o dos gallinas.

Jorge era viejo, tanto que, cuando lo miraba demasiado, temía que se rompiese. Su esposa había muerto hacía mucho y él se sustentaba vendiendo los huevos de las gallinas a los colmados de alrededor.

Sé lo que estás pensando: no te parece buena idea que cogiese las gallinas de Jorge. Pero se trataba del único lugar cercano con esa cantidad de gallinas. Y era casi como robarle un caramelo a un niño. Debía hacerlo para que Dodo no se metiera en problemas.

Contemplé el sitio detenidamente. Ya tenía clara la ruta de entrada y de escape. Solo había que...

De pronto, un perro se abalanzó sobre la rejilla que me separaba del terreno de Jorge y caí de nalgas. Era muy grande.

Corrí hasta perder de vista el gallinero. ¿Desde cuándo estaba esa bestia ahí? De seguro que Jorge lo llamaría con un nombre tierno como Candy o Fluffy. Mi plan se había ido por el inodoro. Ya pensaría en otro. Había oscurecido del todo y debía marcharme.

Siempre el camino de vuelta se siente más corto. En pocos minutos, llegué a casa. Algo andaba mal, los vecinos iban con sus linternas y hablando. Vi a mi papá entre ellos.

—¿Pa?

Me cegó al enfocarme

—¡Caleb!, ¿dónde estabas? —Me agarró del brazo.

—Eh..., jugando en el bosque, como todas las tardes —por una extraña razón, se me quebró la voz.

—Entra a tu cuarto. ¡Ahora! Me tenías preocupado.

¿Papá preocupado... por mí? Eso era nuevo.

—¿Qué pasó?

Pero me jaló hacia la casa. En medio del forcejeo, reparé en lo que los vecinos estaban viendo: había una cabeza de perro entre huesos y trozos de carne.

—¿¡Firulais!?

Me zafé de mi papá y corrí a comprobarlo. Aunque apenas quedaba nada de él, sin duda se trataba de Firulais. Su mirada decaída gritaba a voces que era él.

—¿Qué pasó? —repetí.

—Vete, Caleb, esta no es una escena para ti.

—Pero...

Me jaló tan fuerte que me desequilibró. Antes de que me cayera, me empujó dentro de la casa.

—¡Si vuelves a ir al bosque, te acordarás de mi nombre!

—Pero, papá...

—Pero nada. Cuando salgas del colegio, vendrás directo a casa y permanecerás dentro hasta el otro día. ¿Queda claro?

Pensé en Dodo, ¿no lo vería más?

—¡No puedes hacer eso!

—¡Te hablé!

No tenía sentido. Nada tenía sentido. Entonces comprendí. «Una bestia».

—Papá, es un malentendido. ¡Dodo no haría eso!

—¿Qué?

—Dodo no se comería a Firulais.

—¿De qué hablas?

—Yo...

Se agachó a mi nivel y me agarró por los hombros con firmeza.

—Escucha bien: no es tiempo de amiguitos imaginarios. Corres peligro jugando afuera.

—¡No es peligroso!

—¡Caleb!

—¡Papá!

Y, así de rápido, me golpeó en la mejilla.

—Solo te estoy cuidando —susurró.

No sabía si mi cabeza me ardía por el manotazo o por la ira.

—¿Cuidándome? —Comencé a respirar agitadamente—. ¿Cuidar? ¡Tú no conoces el significado de esa palabra! —grité.

—No me subas el tono, jovencito.

—¡Cállate!

Mi rostro giró por una segunda cachetada. Ese era mi primer contacto con papá en mucho tiempo. Desde lo sucedido, no se había acercado a abrazarme ni a dirigirme la palabra. Solo monosílabos. Nos comportábamos como dos extraños tratando de comunicarse. Uno hablaba español y el otro, chino. Imposible conectar.

—Caleb...

—¡No! ¡Te odio!

Se hizo el silencio. Vi en su mirada que mis palabras le habían afectado. ¡Perfecto! Quería que recibiese solo un poco de su medicina. Solo un poquito del desprecio que yo había sentido.

—Te odio, te odio, te odio, te odio —mi voz surgía a borbotones. Dejé que saliera lo que había reprimido tanto—: Debiste ser tú y no mami.

Silencio una vez más. Ya todo estaba dicho.

Me levanté y me encerré en su cuarto. Ya no quedaba nada del aroma de mami, solo la peste a alcohol de mi padre, pero necesitaba su abrazo, sentirla.

Me acosté en el centro de la cama y puse el brazo inmóvil de mami sobre mi cuello. Cerré los ojos y me dormí.

Capítulo Nueve



Abrázame

Al abrir los ojos, el brazo de mi madre seguía sobre mi cuello. No me había movido ni un centímetro.

Giré para verle la cara. Ella miraba al vacío. Era un simple caparazón sin nada dentro. Sin alma.

Le di un beso en la frente y me levanté con dificultad. Aún me dolía la cabeza.

La acomodé boca arriba. No quería que le saliera un moretón por estar de lado mucho tiempo. Los amigos de la iglesia iban durante la semana para cambiarla de posición e incluso darle alguna terapia. También limpiaban.

Le acaricié la mejilla.

—Cómo te extraño, mami.

Hacía mucho que no la visitaba. Nada variaba si estaba con ella o no. No parecía escuchar, solo existía. Algunas veces, ella deambulaba por la casa, hasta encendía la estufa como si cocinara. Pero al cabo de unos minutos se apagaba nuevamente, como la televisión o la radio. Quedaba sin vida.

Asomé la cabeza fuera del cuarto para ver si había rastro de mi papá. ¡Oh, sorpresa! Se encontraba dormido delante de la televisión encendida.

Caminé rápido hacia mi habitación. Aún era de noche, así que me puse la pijama y me volví a dormir en mi cama. No soñé nada, como si mi cerebro se hubiera apagado igual que mami. «Qué bueno apagarse para siempre —pensé—. No tendría que lidiar con la vida. Solo eterna oscuridad. Apagado. Si me apagara de esa forma, ¿conservaría mis recuerdos?».

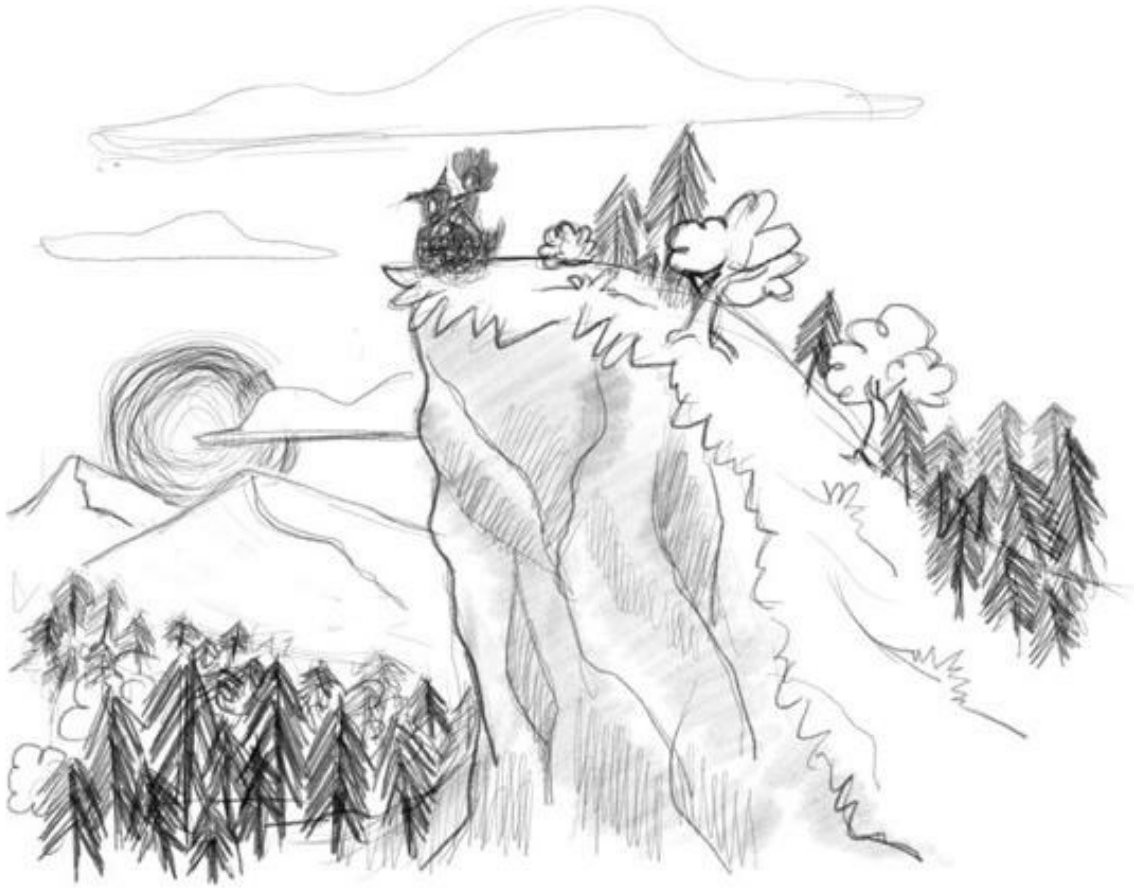
Mis recuerdos son mi tesoro máspreciado, los colecciono. Dirás: «Guau, como todo el mundo». Pero no, pues son recuerdos de cuando carecía de memoria. Vi en un libro del cole que algunas personas aseguraban acordarse de sus días en el vientre materno. Yo no llego a tanto, pero sí recuerdo el primer cuento que me leyó mi mamá, apenas tenía unos años. El libro me hacía reír por el nombre del protagonista: *Pipo y su trencito*. ¿Te imaginas? ¡Pipo! Mi madre me explicó que una mala palabra en nuestro país no necesariamente significaba lo mismo en otros países. Vete a saber de qué país era ese cuento. No llamaría Pipo a un hijo mío, cualquiera que fuese el país.

También recuerdo que mi padre y la escuela insistieron en que me cortara el pelo, pero mi madre fue firme: me crecería el afro igual que a ella. Como era muy buena maestra y todos la querían, le hicieron caso. Cuando mi madre dejó de dar clases por su condición, el cole me concedió una beca completa hasta el último curso y me permitió llevar el afro. Tal vez fue por pena, pero lo agradezco. Mi afro es el mejor recuerdo que tengo de ella. Me hace sentir especial.

Tampoco me he olvidado de mi primer amigo imaginario. Era un perro gigante de color azul con círculos amarillos por todo el cuerpo. Se llamaba Pecas. A mi papá nunca le hizo gracia que hablara de ellos delante de la gente. ¿Pero cómo ignorar a tus amigos?, entonces, no serían amigos, ¿no? Mi papá no entendía esa lógica. En cambio, mi madre, sí. Me escuchaba con interés, haciendo preguntas como: ¿a qué jugaste con Pecas?, ¿le diste de comer a Pecas?, y así. Pero, claro, eran cosas de niños y yo ya voy a cumplir diez.

Los recuerdos me mantenían a flote, los recuerdos de ella. Cómo sus abrazos me hacían olvidar un mal día en el cole. Y, rayos, tenía muchos de esos y cada uno lo eclipsaba con su calor. Pero no volvería a sentirla llena de vida, y eso era algo a lo que nunca me acostumbraría.

Capítulo Diez



Un ser viviente más

Hacía varios días que no veía a Dodo. Con mi papá tan atento, no podía escabullirme. Solo esperaba que a él se le bajaran las ansias del momento. No nos dirigíamos la palabra, pero chequeaba mi cuarto cada hora. Lo había calculado. Ya tenía un plan para visitar a Dodo y darle de comer gallinas. Debía hacerlo pronto.

El lado bueno era que me pasaba ese tiempo dibujando y había mejorado mucho.

—Deberías dibujarme.

Al subir la cabeza, vi a Estefany. Estábamos en clase de Arte. Nos habían asignado dibujo libre.

Tapé mi cuaderno para que no viera mis dibujos. Ya había atinado con el de Dodo. Si me preguntaras a mí, diría que era un setenta por ciento igual. O un sesenta por ciento, para ser más exactos. Aún no comprendía por qué me costaba tanto.

—No dibujo tan bien.

—¿Qué dices? Dibujas genial —dijo, quitándome el cuaderno de las manos—. Mira, este es increíble. ¿Qué es? —continuó, fijándose en el dibujo.

—Un dodo —contesté tímidamente.

—¿Sigues con eso? ¿Dodo?, ¿el animal extinto?

Asentí. Estefany me dedicó una sonrisa muy linda.

—Es muy bueno, pero no se parece a un dodo. ¿De dónde sacaste la referencia?

—Eeh... Lo hice sin referencia.

—¿Sin referencia? Guau, ¿seguro que no lo viste en la vida real?

—No... Este... Sí, no.

—Ja, ja, ja, estoy relajando. Claro, una criatura así no existe.

—Je. Sí. —Y queriendo cambiar de tema, dije—: Te voy a dibujar.

—¿En serio? —Me devolvió el cuaderno—. ¡Súper! —Se acomodó.

—Eeeh.

—¿Estás nervioso?

—No puedo dibujar si me miras fijamente.

—Ah, pero tienes que verme, ¿no?

—Sí, pero...

—Ya sé. —Buscó en su mochila una foto carné de ella—. Toma, mi madre siempre me hace llevarla por si la necesito para algo del cole. Nunca pensé que sería útil.

—Ah, gracias.

Lucía muy bonita en la foto, yo siempre salía horrible.

Estefany se volteó y se concentró en su dibujo. Contemplé la foto durante unos minutos. Mi madre me había enseñado que para dibujar había que aprender a observar detenidamente. Le conté hasta los lunares de la cara. Trece en total.

Mientras dibujaba, sentía en el pecho algo parecido a lo que experimenté cuando Estefany me besó en la mejilla.

—Lo terminaré en mi casa —le dije después de que sonara el timbre.

—Gracias, Caleb. —Me guiñó el ojo como de costumbre.

Ahí estaba la sensación nuevamente. Había hablado con Estefany desde pequeño y nunca había sentido eso. ¿Qué rayos me sucedía?

Le di muchas vueltas de camino a casa. Tantas que ni me percaté de que Juan y sus secuaces me habían visto. Hablando de Juan, llevaba tiempo sin molestarme. Veía cómo me miraba en las filas, el recreo y la salida, pero no se me acercaba. Ocurrían cosas muy extrañas últimamente.

Cuando llegué, dos vecinos y mi papá estaban escopeta en mano, tratando de ocultar una cabra muerta. La bestia había atacado otra vez, y a plena luz del sol. Como si mi papá me sintiera, se giró. Desvié la mirada, corrí hacia mi cuarto y me cambié en un santiamén. Debía actuar rápido. No podía esperar más.

Saqué ropa de mi armario y la hice bolas sobre la cama. Con la sábana, las cubrí con la intención de que se pareciese a mí acostado. Necesité unos pocos retoques para que ser convincente. El resultado me quedó de nueve sobre diez, bastaría para engañar a mi padre, siempre y cuando no lo tocara. Lo cual nunca hacía, solo se asomaba por la puerta.

Corrí a la cocina y me guardé el medio salami que quedaba. Con eso sería suficiente.

Me encerré en el cuarto, escuché a mi padre conversar con los vecinos y, cuando pensé que era seguro salir, me fui por la ventana.

Huí lo más sigiloso que pude hasta que me oculté entre los árboles. Salami en mano, me dirigí a casa de Jorge, el de las gallinas. Imaginaba que él estaría tomando una siesta luego de la comida; si no, el plan se iría por el inodoro.

No había rastro del viejo, pero sí del perro. Silbé para llamar su atención. Inmediatamente, el animal vino hacia mí y, antes de que ladrara, mordí el salami y se lo lancé.

Funcionó: el perro se quedó devorándolo. Esperaba que no se lo acabara demasiado rápido o no me daría tiempo a agarrar una gallina.

Escalé la reja y, al caer al otro lado, me acerqué a ellas, que salieron despavoridas. Estaban haciendo mucho ruido, por suerte, yo tenía experiencia atrapándolas. Mi abuelo me había enseñado incluso a cómo matarlas.

Acorralé a una marrón y logré agarrarla. Al voltearme hacia la reja, vi al perro. Al parecer, el salami solo había sido un aperitivo para él, pues venía con la misma hambre hacia mí. La saliva le descendía por el hocico.

Corrí como nunca había corrido en toda mi corta vida. La reja parecía más lejana que nunca. Jorge gritó desde su casa:

—¡Mátalo, Candy!

«Mátalo, Candy». Me iba a asesinar una perra llamada Candy. Todo por robar una mugrienta gallinita para dársela de comer a una bestia. No, no una bestia, un amigo, ¡mi amigo!

Grité hasta botar el alma por la boca. No moriría allí. ¡No, señor!

Volé por encima de la reja y el perro se estrelló contra ella. Caí sentado.

—¡Salta, Candy!

¡Rayos! Me levanté y aceleré a millón hacia el bosque, hasta que perdí de vista la casa y dejé de oír los ladridos de la linda Candy. Al parecer, no saltó. ¡Gracias a Dios, no saltó!

Me detuve para recuperar el aliento. Nunca fui muy bueno en los deportes. Me decían que tenía dos pies izquierdos y no me seleccionaban en los juegos de Educación Física. Y yo me mentía convenciéndome de que eso estaba bien para mí, que no me gustaban los deportes. Pero algo había quedado claro: desde ese día, me podían bautizar como el increíble saltador estrella. ¡Guau!

Tardé unos minutos en recuperarme. Agarré con más fuerza a mi gallina y corrí hacia Dodo.

—¡Dodooo! —grité al llegar.

Ahí estaba como siempre, contemplándome con curiosidad.

Sentí un nudo en la garganta. Me acerqué, mostrándole la gallina, que permanecía tranquila, como resignada a su destino. Dodo ladeó la cabeza, no me entendía.

—Vamos, cómetela. —Los ojos me ardían—. ¡¿A qué esperas?!

No reaccionó.

—Sé que quieres, vamos.

Nada.

La visión se me desdibujó por las lágrimas.

—No te hagas, sé que eres tú. Eres la bestia que se come a las cabritas.

Dodo solo me miraba detenidamente.

—¡Come! Mi padre vendrá a cazarte si no lo haces. —Las lágrimas se convirtieron en ríos que recorrían mis mejillas—. No quiero perder a mi único amigo. Tienes que comer. —Agité la gallina—. Por favor, Dodo... Por favor. —No permitiría que le pasase nada. Debía hacerlo comer—. ¡Dodo!

Extendió las garras, sostuvo la gallina y la dejó caer al suelo mientras ronroneaba. La gallina aprovechó para escaparse.

—¡No! No sabes lo que me costó...

No me quedaban fuerzas para correr de nuevo, así que no me moví. El llanto era incontrolable. No soportaría una pérdida más. No podía...

De pronto, sentí el calor de los brazos de Dodo apretándome contra su cuerpo peludo. Olía a hogar, olía a mi mamá. Escuché sus latidos sincronizarse con los míos. Pumpún, pumpún, pumpún.

La paz me invadió. Las lágrimas cesaron. Y permanecimos así, abrazados en silencio. Era como si Dodo se comunicara directamente con mi corazón y me dijera: «Calma, estoy aquí».

—No eres tú... No eres la bestia.

Dodo ronroneó. Se trataba de un ser viviente más. Candoroso. Ah, solo por si acaso, eso significa inocente.

—¿De dónde vienes? —pregunté.

Nos separamos, Dodo sonrió y señaló el cielo.

—¿Eh?

Se agachó para que me subiese a su espalda.

—¿Seguro?

Y, de pronto, me agarró y me puso sobre sus hombros. Era igual que estar encima de Pie Grande. Dodo se adentró en el bosque. Suponía que me llevaba a su hogar, un sitio desconocido y lejano, lo que sería muy emocionante si había otras criaturas como él. ¿Tendría

padres? ¿Hermanos o hijos? ¿Una esposa? No podía esperar a llegar. Pero, cuanto más caminábamos, más familiar me parecía todo. Nos dirigíamos al abismo de Myriad.

—¿Qué hacemos aquí, Dodo? —pregunté.

Dodo gruñó y señaló al frente.

—¿Qué, tu hogar está más allá del abismo?

Dodo ronroneó.

—Pero saltar es... muy peligroso. —Me mareé con solo mirar hacia abajo—. Guau..., ¿estás seguro, Dodo?

Me bajó de sus hombros y contemplamos el otro lado.

—¿Acaso escondes unas alas? —Miré su espalda sin encontrar indicio alguno. ¿No lo había entendido bien?—. ¿Y por qué no te vas a tu hogar? —pregunté, insatisfecho—. ¿Te cortaron las alas o algo?

Dodo sonrió y empujó ligeramente mi pecho.

—Hey, ¿qué haces?

Dodo volvió a empujarme mientras ronroneaba.

—¿Qué dices?

Entonces lo comprendí. ¡Estaba aquí por mí!

—¿Por mí? ¿Qué quieres de mí?

Dodo me empujó con más fuerza y caí de nalgas.

—¡Hey! —grité. Dodo se estremecía de la risa—. Ja, ja, muy gracioso. Eso no es una respuesta.

Y, de pronto, me levantó y me abrazó. Sabía que intentaba decirme algo, pero no lo captaba.

—Eres extraño, ¿sabes?

Y extraño era mi especialidad. Por eso éramos amigos.

—Vámonos, Dodo, está oscureciendo.

Volví a subirme a sus hombros y caminamos de vuelta al bosque.

Capítulo Once



Formar parte

Sin darme cuenta, pasaron varias semanas mientras yo iba al cole, jugaba con Dodo y trataba de acabar el retrato de Estefany. Iba por el décimo intento y seguía sin gustarme el resultado. ¿Acaso era talentoso? Nunca quedaba como yo quería.

—¿Y mi dibujo? —me preguntaba Estefany.

—En proceso —respondía siempre.

Y ahí terminaba nuestra conversación todos los días. Lo que parecía lindo al inicio, se estaba volviendo tedioso. Era demasiada presión para mí.

Dodo se limitaba a escuchar mi monólogo sobre el tema. Hasta que, sin previo aviso, me golpeó en la cabeza con uno de sus brazos.

—¡Auch! ¿Qué haces?

Se levantó y comenzó a quejarse, gesticulando.

—¿Pero qué te picó?

Aumentó la intensidad.

—Te van a oír. Silencio.

Dodo me empujó y continuó con los quejidos hasta que comprendí a qué se refería.

—¿Quieres que se lo entregue como está?

Se detuvo de golpe y asintió enérgicamente.

—Pero... no está perfec... ¡Auch! —Me había vuelto a pegar en la cabeza—. Okey, okey... Qué temperamento.

Dodo se agachó y recogió dos piedras. Me señaló con una y entendí que yo era esa piedra y la otra, Estefany. Hizo ruidos con la boca mientras movía ambas piedras como si estuviesen... conversando.

—Pero es que no me gusta mucho hablar.

Dodo me lanzó una mirada fría y enfatizó la mímica.

—¿Dices que el dibujo es una excusa para hablar conmigo?

Las soltó y bailó como loco a mi alrededor.

—Ja, ja, ja... Pero ¿qué le cuento?

Se paró frente a mí y extendió los brazos, haciendo un círculo imaginario.

—No te capto.

Dodo extendió aún más los brazos.

—¿Lo que sea? Es que no sé hablar de lo que sea.

Volvió a golpear me en la cabeza.

—¡Aaah! Okey, okey. ¡Rayos! Qué salvaje eres.

Y, de nuevo, su cuerpo se estremeció en una carcajada contagiosa.

Me pasé toda la tarde dibujando el retrato. Cuando di con un resultado más o menos decente, dije:

—No es mi mejor obra, pero creo que bastará.

A lo que Dodo me sonrió de oreja a oreja.

Le choqué la mano y corrí hacia casa. El truco del muñeco de ropa bajo las sábanas funcionaba de maravilla con mi papá; de seguro, me serviría hasta que el castigo acabase.

Entré por la ventana de mi habitación. Ya preparado para acostarme, contemplé el dibujo unos minutos. Había quedado horrible. Lo hice una bola y lo lancé al zafacón. No podía dárselo, se burlaría de mí diciendo que no era tan bueno como ella creía. Y no iba a permitir eso. Por la mañana volvería a intentarlo.

Puse su foto carné debajo de un libro, me acosté y soñé que me rodeaban unos lápices de colores gigantes para juzgarme por no hacer un dibujo de Estefany mínimamente aceptable. Cuando iban a meterme en una olla hirviendo, desperté sudando. Se había ido la luz por la noche y el abanico estaba apagado.

Me bañé y cambié. Papá se quedó en su acostumbrado sillón frente a la tele.

Ya en el cole, las horas volaron hasta llegar el recreo. Estefany me preguntó por el dibujo, pero esta vez no me molesté.

—Aún no lo he terminado.

—Ya. —Hubo un silencio incómodo—. Bueno, me espero a mañana, entonces. —Se volteó para irse.

—Oye.

Se detuvo.

—Me está costando dibujarlo.

—Ah, ¿sí?

—Sí...

Otro silencio incómodo.

—No tienes que hacerlo si no quieres.

—Pero... sí quiero.

A Estefany se le iluminó el rostro.

—¿En serio?

Asentí.

—No necesito que quede perfecto, ¿sabes?

—Sí, ya me lo han dicho.

Estefany mostró curiosidad:

—¿Sí? ¿Quién?

—Un... amigo.

—Oh... Como siempre te veo solo, pensé que no tenías amigos.

Auch, eso me dolió un poco.

—Sí tengo amigos... Bueno, tengo un amigo.

—Puedes tener dos, si me cuentas. Si quieres.

Seguro que una sonrisa de tonto apareció en mi rostro.

—Cla-claro.

Estefany volvió a sonreír. Y otro silencio incómodo.

—Perdón... —me aventuré—. No soy muy bueno hablando.

—Mira, no lo había notado —sonrió.

Se estaba burlando de mí, pero de buena manera. También sonreí.

—¿Quieres sentarte conmigo hasta que se acabe el recreo? —preguntó Estefany.

—Sí.

La pasamos hablando de cualquier tontería que nos venía a la mente. Estefany era graciosa. Solo con Dodo me había reído tanto. Quedamos en que nos juntaríamos todos los recreos. Incluso pensé en contarle lo de Dodo, pero me contuve. No debía emocionarme tan pronto, ni siquiera sabía cómo reaccionaría ante él. ¿Y si se lo decía a alguien más? Lo pondría en peligro. Tal vez más adelante. Quién sabía, en el futuro podríamos jugar los tres en el bosque.

¡Ring, riiiiiiiiing!

—Aaw, se acabó el recreo. Recuerda: mañana a la misma hora —concluyó Estefany con una gran sonrisa, y yo asentí.

Entonces fue cuando vi a lo lejos a Juan. Me miraba con tal odio que el corazón me dio un salto. Me olía a problemas. Al parecer, aquellas semanas de gracia sin ser molestado terminarían muy pronto.

Desvié la vista y caminé rápido hacia mi fila. Subimos al aula. No me concentré en ninguna de las clases restantes. De seguro, Juan me atacaría en la salida. No me quitaba de la cabeza sus ojos penetrantes. Debía escapar.

¿Y si le decía a Estefany que me ayudara nuevamente? No, no quería involucrarla más con Juan. ¿Y marcharme con la excusa de que me sentía enfermo? Tal como estaba, era probable que me creyeran.

Ya solo faltaba una hora y media. Una hora y media de tortura mental. Y, en el instante en que decidí pararme para hablar con la profe de Inglés, entró Priscila, la directora:

—Disculpen la interrupción.

Todos no volteamos hacia ella.

—No se preocupe. ¿Suced algo? —preguntó la profesora.

—Sí, me temo que sí. Necesito que Caleb venga conmigo.

Los alumnos murmuraron. Las orejas se me encendieron. ¿Había dicho mi nombre?, ¿estaba salvado? Pero luego noté un peso en el pecho. ¿Qué había sucedido?

—Caleb, puedes retirarte —dijo la profesora, preocupada. Priscila le había dicho algo al oído.

Al acercarme, la directora me puso la mano sobre el hombro y me susurró mientras salíamos del aula:

—Debes ser fuerte, Caleb.

Capítulo Doce



Una visita inesperada

La dirección no era tan grande como recordaba. La señora Priscila, corpulenta, con rostro agradable y el cabello recogido en un moño, no se sentó en su escritorio, que ocupaba gran parte del despacho, sino junto a mí. Las paredes estaban repletas de fotos de promociones del pasado. Daba la impresión de que le importaban sus estudiantes. Siempre los saludaba con una sonrisa, incluso iniciaba alguna que otra conversación corta en los pasillos. Pero, en esos momentos, se veía muy preocupada.

—¿Entiendes lo que te digo? —me preguntó.

¡Pues claro! Pronto iba a cumplir diez años, no debía subestimarme como a un niño... ¡No lo era!

—¿Caleb? —dijo la directora al ver que no contestaba.

Apreté los puños y asentí.

—Muy bien. Ana Ulloa está de camino para llevarte al hospital. —Tocándome la cabeza, agregó—: Lo siento, peque.

—No soy un niño —dije entre dientes.

—No, no lo eres, hace mucho que eres alguien grande. Por eso, debes ser fuerte, Caleb.

Solo esperé cinco minutos en recepción hasta que tía Ana entró algo despeinada.

—¡Caleb, vamos!

Aunque iba a la iglesia cada domingo, no le había contado nada de mi nuevo amigo Dodo. Parecía como si hubiera sido años atrás, un tema sin importancia comparado con lo que estaba sucediendo.

Me agarró de la mano y me llevó a su auto. Salvo algún comentario que ella lanzaba sobre la situación de tanto en tanto, el trayecto fue silencioso. Lo agradecí. No quería que me siguieran tratando como a un niño que necesitaba que lo protegiesen. Ya había experimentado algo similar. No había por qué sorprenderse.

Llegamos al hospital. Era la segunda vez que iba a uno y no estaba nada emocionado por repetir. Se trataba de un lugar realmente feo y un poco sucio. Lo que menos me gustaba era el olor a enfermo que te recibía en la entrada.

Tía Ana me guió por los pasillos hasta que encontramos a mi papá hablando con un doctor frente a la habitación donde tenían a mi madre. Escuché unas palabras: «tercer grado» y «grave». Ejercían una presión invisible en el rostro de mi papá.

Al parecer, mi madre había tenido un momento de lucidez y había intentado cocinar. En un descuido, su bata se prendió. Los vecinos oyeron los gritos y la rescataron con mantas y cubetas de agua. Como siempre, mi papá no estaba para ayudar. Había salido a hacer una diligencia sobre no sé qué. También se había quemado parte de la casa antes de que los bomberos controlasen el incendio. No había muchas esperanzas de que mami sobreviviese.

—La operación empezará dentro de diez minutos —dijo mi papá a tía Ana cuando el doctor se marchó.

—Muy bien. —Ella se giró hacia mí—. Vamos, Caleb. —Trataba de ocultar sus lágrimas.

—Ya está muerta —dije, mirándola fijamente a los ojos—. No sé por qué hacen tanto alboroto.

—¡Caleb! —gritó mi padre, dirigiéndome la palabra por primera vez en mucho tiempo.

—¿¡Qué!? Es la verdad.

Mi papá resopló, llevándose las manos a la cabeza. Y, como de costumbre, se alejó de mí.

«¡Bien! Nunca me has hecho falta». Corrí al aseo de hombres y me encerré en uno de los inodoros. No necesitaba a nadie. Me las arreglaba solo. A mi madre ya la había perdido hacía mucho, así que ¿cómo perder algo que ya no tenía?

Debía escaparme a un lugar donde no conociera a nadie y empezar de nuevo. La idea me vino de repente. Eso era: me iría con Dodo a su hogar. De seguro, allá estaba la perla lunar y viviríamos felices sin que ninguno nos molestara, sin que ninguno nos abandonara. Estaríamos juntos para siempre, cuidándonos el uno al otro.

Alguien tocó a la puerta.

—Ocupado —dije con un nudo en la garganta.

—Caleb, soy yo.

Era la voz de tía Ana.

—Vete, no quiero hablar.

—Sé que estás pasando por mucho —dijo luego de un silencio—. Por cosas que ningún niño debería pasar.

—No soy un niño.

—Es verdad. Ya eres grande. Y las personas grandes piensan bien lo que hacen. —No contesté. Ella prosiguió—: Porque, si no, se podrían arrepentir en el futuro. Quizá esta sea la última vez que veas a tu madre. Ven a darle una despedida como se merece. No quieras que dentro de unos años te atormente el hecho de que no te despediste.

—Pero ella ya se fue.

—Aquella vez, no lograste despedirte. Solo sucedió.

Mis manos temblaban.

—Es tu oportunidad para decirle todo lo que sientes. Para dejarla ir y continuar con tu vida.

—Tengo miedo.

—Lo sé, lo sé... Yo estaré contigo. No queda mucho tiempo.

Tras un suspiro profundo, abrí la puerta, decidido a seguir su consejo una vez más.

—Vamos —le dije a tía Ana mientras agarraba su mano.

Corrimos hacia el cuarto. Ya dentro, mi determinación de hacía unos segundos desapareció. La figura en la cama me aterraba.

Di un paso atrás y choqué con tía Ana. Puso su mano sobre mi hombro.

—Tú puedes.

Tragué en seco y me acerqué. Vi al detalle lo que había quedado de mi madre. Gran parte de su cuerpo estaba hinchado y de color rojo brillante con matices marrones oscuros. Pedazos de piel negra colgaban de sus extremidades. El fuego no había llegado a tocarle el rostro. Me sentía en una de esas películas que mis padres me prohibían para evitarme las pesadillas; pero en esta ocasión era la realidad, una realidad aún más terrorífica. Sabía que no olvidaría esa imagen nunca. Parecía que estuviera velando la caja del muerto en un funeral.

—No tiene dolor, ¿verdad? —pregunté a tía Ana. Había escuchado que las quemaduras habían destruido sus nervios, pero quería estar seguro de que no sufría.

—No, ninguno.

Conteniendo el deseo de vomitar, le susurré en el oído:

—Hola, mami.

Lo que siguió fue totalmente inesperado. Ni en un millón de años lo hubiera creído posible, no desde que mi madre se volvió un vegetal sin alma. Ella abrió los ojos, sonrió con su mirada fija en mí y pronunció una palabra:

—Ca-leb.

—¿Mami?

Y, como una estrella fugaz, la vi brillar y apagarse. Solo fueron unos segundos, pero bastaron para ponerme a llorar. ¡Estúpidas lágrimas!

Enfrentaba lo que tanto temía: si ella volvía a mí para luego irse, era como perderla otra vez. Y no soportaría nuevamente ese dolor. Yo no era tan fuerte. Quería desplomarme y patalear... Patalear hasta que mi madre regresase. «Dios, por favor. Necesito...».

Me giré y abracé a tía Ana como si de mi madre se tratara. La abracé por todas esas ocasiones en que no lo había hecho en todo ese tiempo. La abracé para decirle que la amaba y me hacía mucha falta. La abracé y no la solté hasta que las enfermeras entraron para llevarse a mi madre al quirófano.

Esperar y yo no somos muy amigos. No me gusta esperar un día completo para ver un capítulo nuevo de *X-Men* o *Power Rangers* en televisión, ni toda la mañana a que llegue la tarde para ir a jugar al bosque, por lo que la operación me pareció que duraba una eternidad. Por suerte, tía Ana se quedó conmigo esa noche, mientras mi padre daba vueltas por la habitación y los pasillos del hospital. Sabía que estaba loco por beberse una cerveza y calmar sus nervios.

Con el paso de cada hora, me costaba más mantener los ojos abiertos.

—Puedes dormirte, Caleb —me susurró tía Ana.

Me negué y me recosté un rato en su hombro.

—¿Buscas la perla lunar, oh, valiente caballero? —dijo una voz.

Al levantar la vista, encontré a mi madre, la elfa del bosque de Myriad. Lucía un largo vestido verde con detalles en dorado y una capa que caía hasta el suelo. Llevaba su habitual afro y olía a flores.

—Deseas evitar todo este dolor, ¿no es así, Caleb? —continuó, con la sonrisa más cálida que pudiera recordar.

Asentí. Temía moverme, por si era un sueño y desaparecía.

—Tranquilo, no me iré. No por ahora.

—Mami...

—Lo sé, amor.

—No quiero...

—Lo sé —dijo con dulzura, tocando mi mejilla—. Tranquilo.

—No encuentro la perla. Tú sabes dónde está, ¿verdad?

Se le marcaron los hoyuelos. Casi no me acordaba de cómo mi madre iluminaba la habitación con solo sonreír. El dolor era insoportable.

—La necesito —dije.
—Pero si siempre la has tenido.
—¿Qué?, ¿dónde?
—Aquí. —Me acarició la cabeza.
—No... no entiendo.
—No te preocupes, pronto lo entenderás. Ya verás.
—Pero la necesito ahora, no lo soporto más. —Me toqué el pecho.
—Oh, mi cielo. —Se agachó a mi altura y puso su mano sobre la mía—. No lo reprimas, siente el dolor. Es parte de la vida.
—No este... No lo quiero.
—A veces, las flores precisan de estiércol para crecer.
El problema era que ese estiércol estaba ahogando las florecillas.
—Sabes la respuesta, cariño —continuó—, aunque todavía no la entiendas. Esfuérzate en recordar y pronto la entenderás.

Y tras darme un beso en la frente, se desvaneció. Abrí los ojos. Nunca había visto ese cuarto. Era de día. ¿Cuánto tiempo había pasado?

¡La operación!

El resto de la casa me resultaba igual de irreconocible. ¿Dónde rayos estaba? Escuché murmullos afuera. En la puerta de entrada, papá hablaba con hermanos de la iglesia, tía entre ellos.

—¿¡Y mami!? —grité al acercarme.
—Tranquilo, Caleb —dijo tía Ana—, salió bien. Está estable.
Sentí que mis hombros se libraban de un gran peso.
—Qué bueno que despiertas —continuó tía—. Esta será tu nueva casa hasta que tu papá resuelva lo de la antigua.

Verdad, se había quemado.
—Ahora mismo íbamos para donde tu mamá —dijo tía.
«¿Y me iban a dejar aquí?», pensé.
—Voy con ustedes —dije, cerrando la puerta.
—Tienes clase —intervino mi papá—. Seguimos viviendo cerca del colegio, puedes ir a pie.

—No me importa. Voy con ustedes.
—Caleb...
Tía Ana tocó el hombro de mi papá, que suspiró y dijo:
—De acuerdo. Pero solo por hoy.
Durante el camino al hospital, iba pensando en el sueño. ¿Recordar qué?, ¿a qué se refería mi madre?

Ella se encontraba en la misma habitación. Se veía igual de mal, pero el doctor aseguraba que permanecía estable y que el tiempo diría si lograba sobrevivir.

Tía Ana dirigió una oración con los hermanos de la igle. Dábamos gracias a Dios por haber preservado la vida de mami un poco más. Me acordé de que ella, cuando oraba conmigo por las noches, siempre me insistía en que había que agradecer y no solo suplicar.

Tenía paz.

Capítulo Trece



Caos

El día continuó de lo más tranquilo. Cuando los hermanos nos dejaron en la nueva casa, inmediatamente me fui a dormir. Esa noche no soñé nada.

Me levanté temprano y me cambié para ir al hospital. Papá me paró en seco.

—No, Caleb. Hoy irás al colegio.

—Pero...

—Nada de peros. Yo iré solo.

Después de tanto tiempo sin hacer de papá, se le ocurría serlo justo entonces. Me disponía a discutir cuando recordé que no había visitado a Dodo.

—Muy bien —dije, sorprendiéndolo.

Fingiría ir al colegio, y por la tarde volvería al hospital.

Me puse el uniforme. Sin que mi padre se diera cuenta, llené la mochila con comida y salí de la casa junto a él.

—Caleb.

—¿Sí? —me volteé de mala gana.

—Eres un buen niño. —Me mostró lo que parecía ser una sonrisa.

Levanté los hombros y me alejé caminando. Cuando perdí de vista a mi padre, me desvié y me adentré en el bosque. El trayecto era un poco diferente, pero estaba en territorio conocido. Sabía cómo llegar.

De repente, me caí, ensuciando de tierra el uniforme. Me horroricé al levantar la cabeza y descubrir con qué me había tropezado: los cadáveres de varias cabras.

«Una bestia». Si no era Dodo, quería decir que había otro monstruo acechando en el bosque. Espanté ese temor. Dodo me protegería.

Corrí hasta nuestro punto de encuentro.

—¡Dodo! ¡Dodo! Soy yo.

Pero Dodo no aparecía.

Percibí un movimiento por el rabillo del ojo. Se había ocultado en un arbusto.

El corazón me latió más rápido.

—Dodo, ¿eres tú? —pregunté, acercándome. El arbusto se agitaba—. ¿Dodo?

Una sombra se abalanzó sobre mí y me tumbó de espaldas.

—¡Aaah! —Cerré los ojos.

¿Quién hubiera dicho que mi vida terminaría así, como desayuno de una bestia?

Entonces escuché un sonido familiar... Carcajadas.

Al abrir los ojos, Dodo estaba encima de mí, riéndose como loco.

—Ja, ja, muy gracioso. —Lo empujé, haciendo que se cayera. Me lancé sobre él y le di golpes suaves por el cuerpo—. Eres todo un comediante.

Me tomó por los brazos y comenzamos a girar por el suelo y a reír como dos tontos. Nos quedamos bocarriba, recuperando la respiración, y contemplamos en silencio el cielo por unos minutos.

—Mi madre casi muere, ¿sabías?

A lo que Dodo ronroneó.

Giré el rostro y nos miramos directamente a los ojos.

—Tuve miedo.

Durante días, me levantaba temprano, me ponía el uniforme y fingía ir al cole para jugar la mañana entera con Dodo. Luego, regresaba a casa y comía algo. Esperaba a que mi papá me llevase al hospital. Me pasaba la tarde leyéndole cuentos a mami o dibujando. Incluso intercambiaba algunas palabras con mi papá. No muchas, claro, solo las necesarias para convivir.

La excepción eran los fines. No íbamos a la igle para estar el domingo entero en el hospital. Recibíamos visitas y comida de hermanos de la iglesia, que se quedaban a orar unos minutos con nosotros.

Ya me había acostumbrado a la nueva normalidad cuando, de pronto, un viernes vino a verme Estefany.

—Hola.

—Ho-hola —saludé, sorprendido. Justo en ese instante estaba fingiendo que me iba al colegio.

—Oh, una amiga —dijo mi papá al salir de su cuarto.

—Sí, nos vemos. —La tomé del brazo y nos marchamos corriendo. Debía llevarla lejos de casa, no quería que mi papá se enterara de que no había asistido a las clases.

—¿Qué pasa? —preguntó Estefany.

—Solo corre.

Cuando perdimos de vista mi calle, pregunté:

—¿Cómo me encontraste?

—¿Qué dices?, si es noticia que todos saben... ¿Vendrás al cole hoy? —Miró mi uniforme.

—Eh..., no.

Siguió un silencio de varios segundos. Era obvio que entendió la situación, pero no dijo nada.

—Siento mucho lo de tu madre.

—Sí, gracias.

—¿Cómo va?

—Estable.

Otro silencio, pero este duró menos.

—Solo pasé a ver cómo estabas.

—Ah... Estoy bien, gracias.

Para mi asombro, Estefany me tomó de la mano.

—No estás solo en esto. Soy tu amiga, Caleb. —Me dio un beso en la mejilla y se marchó.

Amiga. Me acordé de la conversación que habíamos mantenido en el recreo. Era bueno recordar que tenía más amigos, además de Dodo. Al menos, una más. Caí en la cuenta de que no había hecho su dibujo, lo había olvidado por completo. Guardaba su foto en mi mochila y

decidí que ese día lo iba a terminar.

Corrí hacia donde Dodo. Aún pensaba en mudarme a su hogar, solo esperaba a que mi madre se salvase o, bueno, eso. Necesitaba estar con ella. Como si hubiera vuelto a la vida, aunque fuese para irse nuevamente. Me bastaba con que siguiese aquí.

Me la pasé dibujando con Dodo. No regresaría hasta que el retrato quedara perfecto. Mientras, Dodo hacía el intento. Cogía piedras y trazaba rayas en la tierra. Siempre eran garabatos sin sentido, pero, claro, no se lo decía. No iba a troncharle su futuro como artista, pues al inicio mis dibujos también me parecían bien malos, aunque mi madre los adulara. Era con práctica y tiempo que uno se volvía bueno.

Avanzada la mañana, había acabado el mejor dibujo que había hecho en mi corta vida. Tenía un noventa y cinco por ciento de semejanza con la foto. Así que lo había conseguido.

—¿Qué piensas, Dodo? —Se lo mostré.

Se lanzó al suelo y aplaudió con sus patas y brazos, haciéndome reír.

—¿Verdad que está *cool*?

Se sentó y asintió enérgicamente.

Miré mi reloj. Era hora de regresar a casa. Papá estaba a punto de llegar del hospital. Guardé el dibujo en mi mochila, me despedí de Dodo y corrí hacia allí. Iría al cole al día siguiente para dárselo en persona a Estefany. Sabía que le encantaría. Sería una forma de decirle que...

—Cuidado por donde *anda*, rarito.

Tropecé con el abultado cuerpo de Juan y caí redondo.

Sus secuaces me rodearon mientras se reían de lo que él había dicho, como si fuera el mejor chiste del mundo. Llevaban aún el uniforme. Habían venido directo a mi. Pero ¿por qué ahora?

—No tengo tiempo para esto —dije, tratando de ponerme en pie.

—Te *levanta* cuando yo te lo diga —espetó Juan, presionando mi pecho con su pie.

Movió la cabeza y dos de los secuaces forcejearon conmigo hasta quitarme la mochila. La abrieron y desparramaron todo por el suelo.

—Un pajarito me contó que *recibite* una linda visita esta mañana —Juan hablaba mientras los demás hurgaban en mis pertenencias.

—Juan —lo llamó uno, mostrándole una hoja.

—Pero ¿qué *tenemo* aquí? Si *e* un lindo dibujito.

—¡No!

Recibí un golpe en la nuca.

—Vaya, vaya. —Examinó el dibujo como si de un mapa del tesoro se tratara—. Mi sospecha era correcta: estás *enamorado* de tu amiguita.

Con otro movimiento, hizo que sus secuaces me levantaran agarrándome por los brazos. Eran realmente fuertes.

—Tengo algo *trite* que decirte, tonto —esbozó una sonrisa torcida—: tu amiga *e* de vida alegre, ella me ama a mí.

Un puñetazo en el estómago me dejó sin aire.

—Mírame cuando te hablo. —Me alzó la cabeza tirándome de los cabellos—. Tu amiguita se ha besado conmigo ya. Un día en la salida, me llamó aparte *pa* contarme un secreto

y sí, ese secretico era que me deseaba. —Se pasó la lengua por los labios.

Sentí como si me hubiera tragado una piedra. Recordé cuando le pedí a Estefany que distrajera a Juan para poder irme del cole sin que me viese. Ardía de rabia. Intenté zafarme, pero sus dedos apretaron con más fuerza. Seguía siendo un debilucho.

—¡Vaya! Pero si *e* un gallito de pelea. —Me acercó el retrato a la cara—. Qué pasaría si destruyo tu lindo dibujito, ¿eh?

Lentamente, lo hizo una bola.

—¡Nooo!

Juan me giró la cara de una cachetada.

—No *interrumpa mientras lo adulto* hablan, *e* de mala educación. —Aplastó el dibujo en su puño—. Solo *ere* un bebé que llora por su mami muerta. Eso te encanta, ¿*verdá?*, ser el centro de atención, que *todo* te mimen y te permitan ese ridículo afro en el cole porque tu mami tiene el cerebro frito. Pobrecito, pobre niño. —Hizo una pausa para agregar dramatismo—. *Eto e* una lección de vida, Caleb: *ere* una basura, y no quiero que lo *olvide*. ¡Basura! —Me escupió en la cara.

Y tras otro leve movimiento, sus secuaces hicieron fiesta conmigo. Me lanzaron al suelo y me patearon. Cuando ya no parecía divertido golpearme, Juan los detuvo y se alejaron, hasta que los perdí de vista.

No quería levantarme, todo el cuerpo me dolía. Así que me quedé tirado, abrazando mis rodillas, a la espera de que mi llanto cesara.

Capítulo Catorce



Razón de ser

Fue el olor lo que me despertó. El olor a ella, olor a hogar. Como aquella vez, cuando nos dijeron que mi madre no mejoraría, que corrí hacia el bosque y lloré toda la noche hasta dormirme; entre sueños, sentí unos brazos cálidos cargándome de vuelta a casa. Justo como me cargaban en ese momento. Habías sido tú, ¿no? Claro que sí, Dodo. Siempre estuviste ahí para mí, desde el inicio.

—¿Qué eres? —pregunté, esforzándome por abrir los ojos.

—Soy lo que necesitas que sea —contestó con voz gruesa y calmada. Lo cual fue una sorpresa, pues nunca me la hubiera imaginado de esa forma.

—Oh, sí podías hablar —dije casi sin fuerzas—. ¿Por qué nunca lo hacías?

—Siempre he hablado.

—Pero no audible.

—Porque no me escucharías.

—Ahora te escucho.

—Pues ahora hablo.

—¿Y qué me tienes que decir?

—Ya verás.

Dodo siguió caminando conmigo en brazos. Yo simplemente me dejé llevar, ya que sentía el cuerpo adormecido.

—¿Adónde vamos?

—A un lugar en el que te contaré un secreto.

—¿Un secreto?

—Sí.

—Me gustan los secretos.

—Lo sé.

—Ya sé lo que eres —me aventuré—. Un ángel, ¿verdad? ¿Viniste a ayudarme?

Dodo no dijo nada. Al cabo de unos minutos, cuando ya pensaba que no contestaría, agregó:

—Pronto sabrás lo que soy, niño.

No era un niño, iba a cumplir diez años pronto. Pero no tenía fuerzas para recordárselo.

Cuando giré el rostro, noté que nos acercábamos al patio de una casa a medio hacer. Se veían paredes sin pintar, un techo de zinc oxidado y basura por doquier. Dodo se puso detrás de unas hojas de plátano.

—Observa —me dijo, mirando al frente.

Cuando agucé la vista, me horroricé.

—Juan, es Juan. ¿Qué hacemos aquí? —susurré.

—Pronto lo verás.

Juan jugaba con un perro en el patio.

—Estás loco, si nos descubre, me matará... Y, peor aún, te matará.

Y entonces caí en la cuenta. ¿Qué hora era? Atardecía.

—Debemos volver, mi papá estará buscándome.

Si me encontraba, encontraría a Dodo y lo cazaría.

Pero Dodo solo contemplaba. No podía escapar, así que, con temor, vi lo que Dodo quería que entendiera.

Un señor robusto apareció por la puerta. Vestido con camisilla y con una botella en la mano, se tambaleaba. Estaba borracho.

—¡Hey, gordo! —le gritó a Juan, que retrocedió mientras el perro ladraba al señor.

Le lanzó la botella y se escucharon los chillidos del pobre animal.

—¡No, papá!

Agarró por la mano a su hijo y lo golpeó como a un saco de boxeo.

—¡No sirves *pa* nada! Por tu culpa, tu madre se fue. Todo es culpa tuya, gordo asqueroso.

Juan gritaba, pero ningún vecino o amigo fue en su ayuda. Nadie. Estaban solo ellos dos en ese patio.

Yo me alegré de que por fin alguien le diese su merecido al tonto de Juan. Una probadita de su propia medicina, como diría mi madre. Pero cuando lo dejó malherido en el suelo, sentí familiares las palabras que salieron de los labios de su papá:

—Esto es una lección de vida, Juan: *ere* una basura, y no quiero que lo *olvide*. ¡Basura!

Le escupió en la cara y desapareció dentro de la casita de mala muerte.

Entonces comprendí lo que Dodo trataba de decirme.

—Okey, Dodo. Ya vámonos, por favor.

Y sin volver a hablar, Dodo se levantó y me llevó de regreso a casa.

Capítulo Quince



Investigación

Ya tenía una idea clara de lo que haría con ese secreto. Era increíble como, en tan solo un minuto, mi percepción había cambiado. También lo harían mis acciones.

Dodo y yo no volvimos a hablar del tema. Ya todo estaba dicho.

—Detente, Dodo —dije al aguzar mis oídos—. Escuché algo.

Efectivamente, unos pasos se acercaban con rapidez.

—Dodo, bájame.

Gruñó.

—Sí, bájame. Si te encuentran, te matan. —Me dejó en el suelo y susurré—: Tienes que irte ya, puedo caminar solo.

Dodo me miró durante unos segundos. Dudaba.

—Vete, ahora.

Y con sigilo, desapareció entre los árboles.

Ya oía voces a unos cuantos pies de distancia. Tenía que ser mi papá y un vecino buscándome.

—Hola. —Me puse frente a ellos.

—¡Aaaaah! —uno gritó como una niña.

Eran dos adultos. Mi padre no estaba entre ellos.

—¿¡Qué pasa!? —gritó el otro, quien llevaba una cámara. Resultaba muy bajo de estatura para ser adulto—. Pero si es un niño.

—Tengo casi diez —repuse, esforzándome por no mostrar debilidad, ya que seguía adolorido.

—Ah, casi diez —dijo el hombre del gritito con una sonrisa burlona—. Qué susto me diste. ¿Qué haces solo por aquí? Es peligroso.

Di un paso hacia atrás para verlos bien. No se parecían a nadie del vecindario.

—¿Peligroso? —pregunté.

—Espera —dijo el de la cámara con las palmas en alto—. No te asustes, me llamo Edwin y el pendejo de mi lado es Carlos.

—¡Oye! —se quejó Carlos, el alto.

—Somos periodistas del periódico *La hora* —continuó Edwin, subiendo la cámara para mostrármela, como si no fuera ya obvio que la llevara colgando del cuello.

—Reporteros. —Arqueé una ceja.

—Sí, y buscamos al chupacabras.

—¿Chupacabras?

—Sí, todos hablan de él por esta zona, una bestia que se come a las cabras.

—Una bestia grande y fea que se come a las cabras —agregó Carlos.

—Sí, no tienes que repetirlo —dijo Edwin.

Dodo era inocente, había otro animal salvaje que las atacaba; aun así, si encontraban a Dodo, lo matarían sin preguntar.

—Nunca escuché sobre eso —contesté.

—Ah, ¿no? —dijo con suspicacia—. Pero si todos los niños lo comentan por estos lares.

Rayos, ¿qué iba a saber yo de lo que hablaban los niños? No me juntaba con ninguno.

—Espera... Ah, sí, la bestia. Mi papá me dijo que esa cosa no existía, que son inventos de la gente.

—Ya. —Edwin seguía mirándome con recelo—. Bueno, mentira o no, debes de andar con cuidado, casi va a anochecer.

Asentí. Luego los escuché mientras se alejaban:

—Ese niño está mintiendo.

—Sí, por aquí debe de haber algo jugoso que fotografiar. Además, no sabía que gritaras como todo un macho. Muy valiente, ¿eh?

—Ja, ja, fue un lapsus, nada más, y quedará entre nosotros.

Se volvieron susurros. Por suerte, se marcharon en dirección contraria a la que Dodo había tomado al salir corriendo.

Se me tenía que ocurrir cómo ocultarlo. Entonces entendí que había llegado la hora: me iría con Dodo a su hogar, más allá del abismo de Myriad.

Capítulo Dieciséis



Iguales

Mi padre no estaba buscándome. Había asumido que me había demorado en el cole y había vuelto al hospital. No me sorprendía que ni se acordara de mí. Al fin y al cabo, resultó para bien, pues llegué a casa minutos antes que él. Se veía más preocupado de lo normal, pero no quise preguntarle sobre mami. Ya luego la vería, había otras cosas en las que enfocarme. Cosas que debía cerrar para irme tranquilo.

Al día siguiente, me preparé como de costumbre. Vi con horror los moretones que tenía por todo el cuerpo, excepto en la cara y en los brazos. Juan sabía lo que hacía, nadie iba a notar mis golpes. Suspiré y salí directo al cole.

Ninguno se me acercó ni me preguntó. En el tiempo que me había ausentado, no les había hecho falta.

—¡Viniste!

Al subir la cabeza, Estefany me abrazó con tal fuerza que di un quejido de dolor.

—Ay, perdón.

Se apartó rápidamente.

—No, tranquila. Es que me duele todo el cuerpo.

—¿Te sientes mal? No debiste venir si estás enfermo.

—No, no es eso. Además..., quería venir.

Sonriendo, me dio una palmadita en la espalda.

—¡Aagh!

—Perdón, perdón. ¿Seguro que te encuentras bien?

Asentí. No le había hecho falta a nadie, excepto a ella.

Entramos en fila al aula.

Las clases me parecieron tan aburridas como siempre. Estaba agradecido de que fueran las últimas para mí. Ya tenía un plan para irme con Dodo. Había sacado los ahorros que guardaba debajo de mi cama y, al salir, compraría agua, pan y salami para el viaje. No sabía qué tan lejos estaría luego de saltar el abismo de Myriad. Ignoraba si íbamos a entrar a otra dimensión en la que Dodo existía o le aparecerían alas y volaríamos hacia su hogar. Quizá pienses que tengo una imaginación muy grande, pero ninguna posibilidad era descabellada después de todo, ya que ¿quién hubiera dicho que una criatura así se pasearía por nuestro mundo? Yo mantenía la mente abierta.

Estefany me pasó un papelito mientras la profe hablaba sobre la fotosíntesis. Lo leí: «¿Pudiste terminar mi dibujo?».

A lo que contesté: «Sí, te lo enseñaré en el recreo».

¡Ring, riiiiiiing!

Salimos. Estefany estaba tan emocionada que iba dando saltitos.

—Déjame verlo —decía, conteniendo la sonrisa.

—Ya va, espera.

La sorprendí al tomarle la mano. Caminamos entre los cientos de niños que jugaban a

nuestro alrededor.

—¿Adónde vamos?

No le contesté. Nos dirigimos al grupo de Juan, quien al parecer buscaba a alguien. Estefany me jaló el brazo, pero no le hice caso. Ya lo había decidido. Me paré frente a él.

—¿Qué *quiere*, rarito, otra paliza? —dijo, tratando de ocultar su asombro al verme agarrado de Estefany.

Sus secuaces se rieron como si Juan fuera todo un comediante. Uno muy malo, si me permites decirlo. Estefany seguía jalándome para que nos fuéramos.

—Caleb, ¿qué pretendes? —me susurró al oído.

—Tranquila, sé lo que hago... Aléjate un poco, esto se puede poner feo.

Solté la mano de Estefany. Saqué pecho y miré fijamente a Juan.

—Devuélveme el dibujo.

Él arqueó una ceja.

—¿Qué?

—¿No escuchaste o necesitas que hable más alto, anciano?

Sus secuaces se aguantaron la risa. Nada bueno viene después de reírse del jefe.

Juan dio un paso al frente. Parecía una mole, comparado conmigo. Éramos David y Goliat, solo que yo no tenía ni piedras para defenderme.

—Atrévete a repetirlo, palomo.

—De-vu-él-ve-me-el-di-bu-jo.

—¡Juan, no! —gritó Estefany a todo pulmón—. Recuerda: si le haces daño, a final del curso no te daré el beso. —Se sonrojó. Se veía realmente asustada.

Sus palabras fueron como una brisa: «no te daré el beso»; es decir, aún no había ocurrido, por mucho que Juan alardease. Por ese trato, no me había molestado en el cole todo ese tiempo. No sabía bien por qué, pero sentí un alivio repentino: Estefany no se había besado con Juan.

En este punto, ya nos rodeaban varios estudiantes, ansiosos de que se iniciara la pelea.

—¡Eres una prostituta! —espetó Juan acorralado.

—Hey, tu pelea es conmigo. Devuélveme el dibujo.

—¿Qué dibujo?

—El que me robaste.

—Tú *ere* el mamita que dibuja.

Todos se rieron.

—Y tú el que me robó el dibujo para regalárselo a Estefany.

—Pero ¿qué...?

—Ya me escuchaste. Me he fijado en cómo la buscabas en el recreo para dárselo, porque te gusta. Estefany te gusta.

A los chicos de nuestra edad, nos da vergüenza reconocer que nos gusta una niña, y Juan echaba humo por la nariz, metafóricamente hablando, claro. Era como si se hubiese convertido de pronto en el general Tsutter (recuerda, escupes el «Tsu»). Levantó el puño, listo para embestirme.

—Idiota, te voy a...

—¿Qué?, ¿golpearme?, ¿así como te golpea tu papi borracho?

Se detuvo en seco. Los gritos de los estudiantes se volvieron murmullos.

—Así es, lo vi todo. Te pegó en el patio que hay detrás de tu casa, una y otra vez, hasta dejarte en el suelo.

Juan no reaccionaba. ¿Cómo vences una pelea en la que la ofensiva consiste en la verdad, tu triste verdad?

—No eres tan fuerte, después de todo. Estabas indefenso allí tirado, le suplicabas que no te golpeará más. Entonces él te escupió y te llamó basura para recordarte lo insignificante que eres para él.

Juan agachó la cabeza. ¿Acaso lloraba? Sentí un pinchazo en el corazón. Me acerqué con cautela, mostrándole las palmas, y le dije:

—No somos tan diferentes. No estás solo.

Una gota cayó al piso. Podía ser sudor, era un día caluroso y nos habíamos agitado, pero quise pensar que se trataba de una lágrima, un gesto de humanidad delante de todos. Adiós a la fachada de matón.

Con la vista baja, hurgó en su bolsillo, me lanzó un papel doblado y salió corriendo. Los murmullos se transformaron en ovaciones que alababan mi proeza. Había puesto fin al reinado de terror del general Tsutter.

Desdoblé la hoja maltratada y se la di a Estefany. Era su dibujo.

—Para ti.

Lo recibió con los ojos como platos.

—Gra-gracias.

Al parecer, alguien había chismeado a los profesores sobre la pelea, pues una me tomó de la mano y me sacó del tumulto que vitoreaba como loco.

—A la dirección, Caleb —dijo, molesta.

Y todos sabemos que nada bueno pasaba cuando uno iba a la dirección.

Capítulo Diecisiete



Un rescate inesperado

No podía mirar a la directora a la cara, sus ojos eran como rayos láser dispuestos a desintegrarnos en cualquier momento.

—Caleb, Juan, quiero escucharlos —repitió.

Nos mantuvimos en silencio, con la cabeza gacha. Priscila suspiró.

—Muchachos, sé que pasan por momentos fuertes... Mírenme cuando les hablo. —Automáticamente, subimos la cabeza—. Pero estas no son formas de reaccionar. Por difícil que se ponga, no deben actuar como animales que no razonan. ¿Me explico?

Los dos asentimos.

—Los dejaré ir solo con una amonestación, ténganla fresca por mucho tiempo. Primero, por sus problemas en casa, y segundo, porque no llegaron a golpearse. ¿Queda claro? —Asentimos—. Quiero escucharlos.

—Sí.

—¿Sí qué?

—Sí, señora Priscila —cantamos al unísono.

—Recuerden: señora, no, me hace sentir vieja. Directora.

—Sí, directora Priscila.

El teléfono sonó.

—Muy bien, pueden retirarse. Los estaré observando.

Nos levantamos y, mientras la directora hablaba por teléfono, dejé que Juan saliese delante.

—Entiendo... Caleb, quédate un momento.

Me volteé y esperé a que terminase la llamada.

—Caleb, lo siento... —dijo al colgar—. Es tu mamá.

Aguardé en silencio.

—Al parecer, tiene complicaciones. Debes ir a la clínica a...

«Despedirte» completé en mi mente. Y otra vez volvió el carrusel de emociones. ¿Acaso la vida no daba un respiro?

—Ana Ulloa está aquí para llevarte. Recoge tus utensilios y vete con ella. —Me contempló como si fuera un perrito callejero recién nacido, uno sin madre que lo alimente—. Lo siento mucho, Caleb.

Durante el camino, tía Ana me puso al tanto. A mi madre solo le quedaban unas horas. No supe cómo asimilarlo. Ya que había perdido a mi madre dos veces, una tercera era jugar conmigo. Pero ahí iba, de vuelta al hospital.

Al llegar, tía Ana me tomó la mano y caminamos por los horrendos pasillos. Oímos los gritos de mi papá a lo lejos. Pero no eran de tristeza.

—¡Déjenme pasar! —dijo mi papá con mi madre en una silla de ruedas.

—Señor Polanco, no puede...

—¡Sí que puedo, soy su esposo!

—Si se la lleva, no podrá...

—¡Mi mujer se quiere ir! Ella misma me lo dijo, y eso haremos.

—¿Mamá? —Me acerqué. Si había escuchado bien a mi papá, ella había tenido un momento de lucidez. ¿Aún estaba consciente?

—Caleb, ayúdame —dijo mi papá al reparar en mí—. Ella quiere irse a casa, que sus últimas horas sean en casa.

—Si se la llevan, no tendrá los cuidados que le damos aquí. Podría acortar sus horas de vida.

Miré a mi papá, luego al doctor y a las enfermeras.

—Si ella se queda —dije con un nudo en la garganta—, ¿prometen curarla?

El doctor tardó unos segundos en contestar.

—Su estado es muy grave, no podemos...

—Muy bien. Vámonos, papá.

—Yo los llevo —intervino tía Ana.

—No nos hacemos responsables de lo que le suceda...

Ignoramos las palabras del doctor mientras nos íbamos al vehículo, directos a casa.

Sacarla de la jeepeta fue tan difícil como meterla. Tía Ana me ayudó con la silla de ruedas y papá cargó a mamá. No sé cuánto pesaba, pero, por el rostro tenso de papá, seguro que mucho.

La dejó con alivio sobre la silla de ruedas. Ella no sentía dolor, insistió papá. Los doctores se habían cerciorado de eso antes de que mami le dijera que se quería ir a casa.

—Gracias por todo —dijo mi padre a tía Ana—. Pero ahora deseamos estar a solas, en familia... No se ofenda, por favor.

—Claro que no me molesto. Lo entiendo a la perfección. Estaré orando por ustedes. No duden en llamarme cuando...

No completó la frase, pero era obvio lo que seguía: llamarla cuando mi madre estirara la pata, fuera a sembrar yuca, guindara los tenis de una vez por todas. Luego me dolerían los dientes por apretarlos tanto. La impotencia no me permitía hablar.

—Gracias, por todo —repitió mi papá.

—Cúidense.

Moví la cabeza para despedir a tía Ana. Ella me plantó un beso en el buche y en la frente, como solía hacerlo mamá. Me aguanté las lágrimas. No derramaría ni una más.

—Vamos, Caleb, antes de que los vecinos nos vean.

Estábamos en nuestra antigua casa. No la había visto desde el incendio. La cocina y la sala estaban hechas añicos, pero los bomberos salvaron las habitaciones. Queríamos recostar a mami en su cama de siempre, que sintiera el calor de su hogar, como ella había pedido.

Empujé la silla de ruedas hasta su habitación. Mi papá hizo un esfuerzo más para acostarla. Se veía tan frágil. Se quitó los zapatos, se tumbó junto a ella e, inesperadamente, con una seña me indicó que yo me acomodara en el centro, como solíamos hacer los tres en las tardes.

Dudé, pero al final cedí. Se me había olvidado lo rico que era el calor de mis padres. No pude evitarlo: otra vez esas lágrimas tontas.

Guardamos silencio por un largo rato. Mi papá le pasaba la mano por el pelo a mami. Hacía mucho tiempo que no lo veía con esa luz en la mirada. Estaba enamorado de ella. Casi se podía palpar.

—Caleb —susurró papá.

Trató de acariciar mi cabeza, pero la aparté. Me resultaba raro. No recordaba su último abrazo. Además, desde el incidente en que le dije que hubiera preferido que todo eso le ocurriese a él en vez de a mami, habíamos intercambiado pocas palabras. No se había ganado el derecho a tocarme.

—Sé que no he sido el mejor papá. Nunca nos entendimos, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Tu mamá era la conexión entre nosotros. Nos servía de traductora. Me descodificaba tu forma de ser. Sin ella..., se destruyó el puente entre tú y yo —suspiró—. Sin ella, no supe cómo continuar. —Le costaba hablar—. Lo que trato de decir, Caleb, es que...

—¿Amor?

Los dos nos sorprendimos.

—Aquí estoy, amor —dijo mi papá, tomándole la mano a mami—. Aquí estoy.

Aunque se veía demacrada, mostró la misma sonrisa con la que nos iluminaba en el pasado.

—Gra-gracias —susurró ella.

—Siempre, amor, siempre... Aquí estoy... Descansa.

—¿Mami? —dije con un hilo de voz.

Pero ella no contestó. Así como había vuelto, se había ido, pero esta vez para siempre. Papá lloraba en silencio sobre ella.

No sabía qué sentir. Era como si mi padre me hubiese robado los últimos segundos de vida de mi madre. Me levanté de la cama, los vi acurrucados, y supe que ya no habría una tercera vez. Ella no regresaría. Me había quedado solo.

—Te odio —susurré.

—¿Caleb? —dijo mi papá, secándose las lágrimas.

Me ahogaba, debía salir, correr. Me iría con Dodo. Nos lanzaríamos por el abismo de Myriad para volar a un lugar mejor. Un lugar lejos de casa. Lejos de todo.

—¡Caleb! ¡Es peligroso! —gritó mi papá, pero seguí corriendo tan rápido como podía.

Debía encontrarme con Dodo. Solo me quedaba él. No había más nada que me hiciera permanecer allí un minuto más.

Mientras me adentraba en el bosque, el sol se ocultó. El cielo se había nublado.

—¡Dodo! ¡Dodo! —Pero Dodo no me esperaba donde siempre—. ¿Dodo?

Miré a mi alrededor. ¿Se habría ido? ¿También me habría abandonado? No, Dodo no lo haría, no era como los demás. A él realmente le importaba. Dodo no me dejaría solo como había hecho mi padre. Sin abrazos, sin buenos días, sin interés por mí y mis cosas. Sin una palabra de cariño, aunque fuera un «hola, campeón». Sin... Sin... Sin nada más que dos extraños existiendo bajo el mismo techo. Dodo no era así. Dodo me querría. Jugaría conmigo. Me ayudaría con las tareas. Me alborotaría el cabello. Estaría siempre a mi lado...

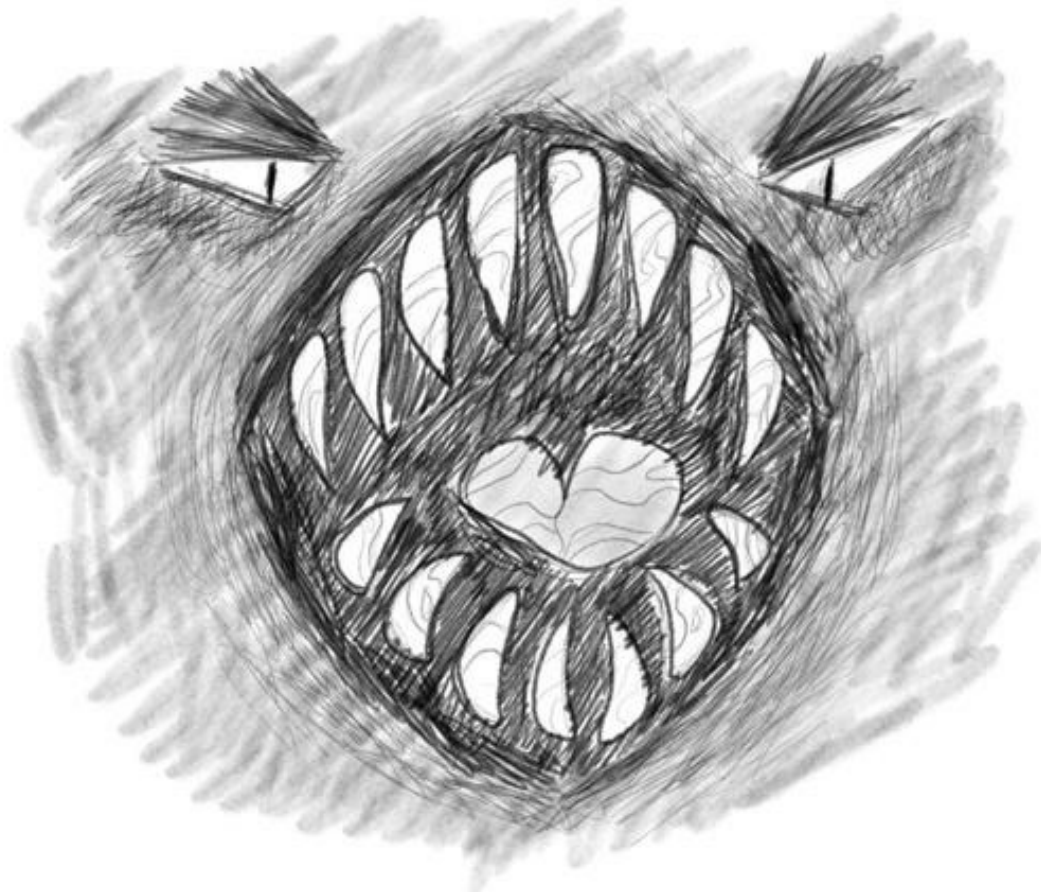
Dodo sería mi amigo.

—Dodo...

Giré el rostro. Frente a mí, una bestia que caminaba a cuatro patas, de pelaje azulado y grandes colmillos que chorreaban sangre. Sabía que era de cabra, pues llevaba la cabeza de una en las fauces. Sus orejas puntiagudas parecían cuernos. Sus ojos, pequeños y brillantes, me observaban como cazador a su presa. Deseaba sangre. Mi sangre.

—¿Dodo?

Capítulo Dieciocho



La bestia

Mis piernas estaban como gelatina. No me salía la voz para gritar. Tampoco pestañeaba, ya fuera por creer imposible que una bestia de tal tamaño existiese en mi bosque o por si hacía algún movimiento brusco y me lo perdía.

Reaccioné cuando dejó caer la cabeza de cabra y se inclinó hacia atrás, tomando impulso para brincar y devorarme.

—¡Aaaaaah! —Mi garganta se había liberado.

Corrí como si no hubiera un mañana. La adrenalina fluía por todo mi cuerpo. Definitivamente, morir no estaba en mis planes.

¿Había visto bien? No podía ser Dodo, mis ojos me habían engañado. Dodo nunca me haría daño. Sin embargo, allí estaba yo, huyendo porque una bestia muy parecida a Dodo me perseguía, y no para jugar.

—¡Ayyyyuuuda! —Me horrorizaba saber que nadie se adentraba tanto en el bosque. Era poco probable que alguien oyese mis gritos, pero debía intentarlo—. ¡Ayyyyuuuda!

Tenía miedo de mirar atrás. Podía sentir como sus garras se clavarían en mi espalda y me arrancaría la cabeza como a esa cabrita. Como les había hecho a las otras, devorándolas hasta dejar solo pedazos como muestra al mundo de que él existía, de que era real y nos vigilaba.

Había escuchado en televisión que los animales grandes de cuatro patas eran más rápidos que los humanos. También que para ganar a un oso había que correr colina arriba. ¿Acaso era un oso lo que me perseguía?

Dodo.

Espanté la idea. Aunque se pareciera, no era él, ¿verdad? Me horrorizó pensar que, tal vez, por eso me había costado dibujarlo desde el principio: cambiaba de forma. Con sutileza o de sopetón, pero cambiaba a su antojo. ¿Sería posible?

Giré a la izquierda y la bestia se estrelló contra unos arbustos. Era veloz, endemoniadamente veloz. No podía ser Dodo.

«Corre, corre, ¡corre! Colina arriba».

—¡Dodo! ¡Ayuda!

«Niño», escuché la voz de Dodo en mi mente, pero sonaba distinta.

«¿Dónde estás?».

«Corre, o te devoro».

«¿Qué dices?! —Era Dodo, ¡qué rayos!—. ¿Qué haces?».

«Hago lo que vine a hacer».

«¿Devorarme?!».

«Ayudarte a entender».

Volteé y lo enfrenté. Al verlo mejor, concluí que era una muy mala idea. Dodo saltó hacia mí, abriendo su gran mandíbula, dispuesto a arrancarme un pedazo. De repente, algo me empujó hacia un lado. Rodé por el suelo y alcé la mirada: la bestia estaba sobre mi papá, mordiéndole el brazo.

—¡No! ¡Basta, Dodo!

—¡Caleb, corre!

Pero no me moví. No iba a permitir que lo devorara.

Una piedra cayó sobre la cabeza de la bestia, que gimió y soltó a papá. Seguí el trayecto del proyectil para saber de dónde había salido. No lo podía creer: era Juan.

Nos miramos por unos segundos. Sé que vio un interrogante en mi cara, pero él mostraba determinación: iba a arriesgar su vida por mí.

—Fuera, ¡shuuu, bestia! —dijo Juan mientras lanzaba más piedras.

Tenía buena puntería, pero la criatura no retrocedió, sino que se abalanzó sobre él.

—¡Corre, Juan! —grité.

Trató de escapar, pero era más pesado y lento que yo. Debía ayudarlo. Tomé la mayor piedra que encontré y la lancé. Atiné en la cabeza de la bestia. Debió de ser la adrenalina, ya que no se me daban bien los deportes.

Ella se volteó hacia mí y me miró con ojos conocidos. Definitivamente, era Dodo.

—Corre, niño —dijo.

Corrí con todas mis fuerzas colina arriba. «¡Dodo, para!», repetía en mi mente.

«Primero debes entender».

«¿Entender qué?».

No hubo respuesta. Dodo no estaba jugando, iba en serio. Si no descubría rápido lo que quería que entendiera, podía ir despidiéndome de la vida. Mi cerebro trabajó con determinación. ¿Acaso Dodo había tratado de enseñarme algo todo el tiempo? Entonces, significaba que él sí era mi amigo. Pero ¿qué clase de amigo intenta devorarlo a uno? Cierto que no sabía de amistades, pero eso resultaba ridículo, hasta yo podía verlo.

¿Entender qué? Estaba cansado. Me iba a convertir en la cena de Dodo. Zigzagueé tal como mencionaban en un programa de Discovery Channel. No recordaba para qué servía, pero ¡oye!, debía intentarlo todo. Y, al parecer, funcionaba. Dodo..., digo, la bestia, se había quedado atrás, lo que me daba unos segundos de margen para pensar qué rayos quería decir con lo de «entender».

Como si rebobinara una película en mi mente, retrocedí hasta la tarde en la que me encontré con Dodo en el bosque, pero seguí sin entender nada.

Tropecé con una raíz y di vueltas por el suelo. Me levanté de inmediato. La bestia ya me pisaba los talones, así que giré a mi izquierda y chocó con un árbol. Enseguida se repuso. Con la vista fija en mí, rugió y continuó persiguiéndome. No podría aguantar mucho más y aún no sabía qué debía entender.

—¡Dodo, por favor!

No mostró indicios de parar. El mundo era cruel, lo había vivido de primera mano. Había deseado infinidad de veces detenerlo y tomar aire, pero era imposible. Ansiaba la perla lunar que mi madre me había prometido, pero se trataba tan solo de un cuento de hadas. Algo irreal. Una mentira.

Dodo había sido mi amigo y ahora me quería devorar; mi madre siempre había permanecido junto a mí y esa estúpida enfermedad me la había arrebatado de golpe; el puente que me unía con papá se había roto sin previo aviso. ¿Eso debía entender? ¿Ese era el mensaje? ¿Lo bueno al final se haría añicos? ¿La vida carecía de sentido?

«No».

«¿No?».

«Debes entender la verdad».

«Sabes la respuesta, cariño, aunque todavía no la entiendes. Esfuérzate en recordar y pronto la entenderás», me había dicho mi madre en sueños. Me había pedido que entendiese la verdadera razón de mi sufrimiento. ¡La perla lunar! Encontrar la fuente del poder que aliviaría todo sufrimiento era la respuesta. Pero ¿dónde estaba?

En mi cabeza, había dicho mi madre en sueños. Ella me la había dado desde el principio, pero no lo había entendido.

—Entra, corazón —dijo mi madre con voz tenue.

Me quedé en la puerta sin dirigirle la mirada. Tenía miedo de no volver a hablar con ella. Miedo de perderla. Tonto de mí, pues, como sabes, esa fue la primera vez de muchas.

—No temas, mi cielo. Ven, quiero contarte algo.

Mi papá me empujó un poco para que me acercara. Cada paso me pesaba más que el anterior. Verla en cama, tan frágil, me producía mareo.

Mi madre había tenido un accidente. Estaba caminando y, de pronto, se desorientó. No sabía dónde se encontraba ni adónde iba. Todo le parecía extraño: las calles, los negocios, las caras; pero era el barrio de siempre y la gente de siempre. Cruzó la carretera y un vehículo la atropelló. Entonces fue cuando mencionaron su enfermedad. Nunca aprendí a pronunciarla, ya que tenía un nombre alemán. La padecía hacía tiempo y estaba empeorando mucho. No podía soportarlo. Me aterrorizaba perderla.

Me senté en la silla que había frente a su cama. Esa silla en la que había permanecido mi padre durante semanas, acompañando a mami. Hablaban horas y horas. Desde mi habitación, escuchaba sus susurros. Dos tortolitos que sabían que iban a ser separados.

—Hijo. —Mi mamá intentó tomarme la mano y yo la aparté—. Sé que estás molesto. Yo también estoy molesta, Caleb.

Me sequé las lágrimas con el brazo.

—Pero no permitas que esa ira te consuma. Debemos aprender a soltar y a confiar. Confía en que Dios no dejará de tener el control. —Se quedó pensativa, y continuó—: ¿Ya conseguiste la perla lunar?

La perla lunar era un juego que mi mamá había inventado hacía mucho. Me explicó que su madre le había regalado una perla al cumplir dieciocho. Había pasado de generación en generación en su familia y era capaz de borrar todo dolor del alma humana. Quien la tuviera debía de guardarla en su lugar máspreciado, ya que solo así funcionaría. Me había dicho que se entregaba al cumplir la mayoría de edad; pero, como yo era muy maduro, ella la escondería en su lugarpreciado y, si yo la encontraba, me la daría, sin importar mis años. La busqué durante meses, sin suerte alguna. Era solo un juego tonto y, en ese momento, yo no estaba de humor para juegos tontos.

—Si me miras a la cara, te diré qué es.

Alcé la vista de mala gana.

—La perla es la verdad —me reveló.

—No quiero ninguna verdad, quiero que se vaya el dolor.

—El dolor se irá con la verdad. Y vivirás una vida plena, libre. Sin hacerte daño. —Las lágrimas cubrieron su rostro.

—¿Qué verdad?

—La verdad de que no podemos evadir el sufrimiento, pero sí elegir cómo afrontarlo, hallarle significado y caminar hacia delante con un nuevo propósito.

—No entiendo.

Como siempre, su sonrisa iluminó la habitación.

—El problema no es mi enfermedad.

—Sí lo es. No te quiero perder —mi voz se quebró.

—Ni yo te quiero perder, pequeño. —Odiaba que me llamara así. Volvió a tomarme la mano y esta vez no se lo impedí—. Pero el verdadero problema es cómo reaccionas a esta enfermedad.

—¿Acaso no te morirás?

—No necesariamente.

—Entonces, no entiendo en qué rayos me ayuda eso.

—En mucho, mi pequeño, lo sabrás cuando lo entiendas. Y lo harás más pronto de lo que esperas. Ahora déjame darte un beso.

Me incliné y sus labios cálidos se posaron en mi frente.

—¿Cómo sabes que lo entenderé?

—Porque lo pedí. Y Dios responderá.

Me toqué la cabeza. Todo estaba aquí. Al fin, había comprendido el regalo de mi madre. Había encontrado la perla lunar.

Continué corriendo colina arriba. En el abismo de Myriad lo enfrentaría. Si Dodo decía la verdad, entonces yo sabía qué debía hacer. Me detuve en el borde del barranco y me giré, a la espera de que apareciese la besti..., no, Dodo. Su gran figura salió de entre los árboles y se quedó a unos veinte pies de distancia. Nos aguantamos la mirada.

«¿Y bien?», dijo Dodo en mi mente.

«Ya lo entiendo».

«¿Seguro?».

Asentí.

«¿Y si te equivocas?».

Dio un paso hacia mí.

«Ya sé qué eres».

«Ah, ¿sí? —Siguió avanzando—. ¿Y qué soy?».

«Eres la respuesta a la oración de mi madre para que entendiera».

Dodo se detuvo.

«Eres todo», dije.

Dodo se rio con malicia.

«¿Esa es tu respuesta?».

Asentí.

«Estás acabado, niño. Te voy a destruir».

«No podrás. Tu efecto en mí es tan real como yo te permita. Yo decido, y esa decisión determina si me destruyes o si me ayudas».

«Eso lo veremos».

Dodo se abalanzó sobre mí. Me pareció que se suspendía en el aire igual que en las películas, como si el tiempo se hubiera detenido. Estaba dispuesto a destrozarme de un bocado. Pero no importaba. Ya lo había comprendido. Los problemas tenían el peso que yo les diera. No venían a destruirme, sino a enseñarme, a guiarme. Cerré los ojos y me quedé quieto. Confiado.

«Ya era hora de que entendieras», dijo Dodo.

«Eres mi amigo, ¿verdad?».

«Siempre, niño. Siempre».

Sus colmillos se cerraron alrededor de mi garganta. Sentí su peso, pero solo un momento, luego se convirtió en una corriente de aire que atravesó mi cuerpo, mi mente, mi corazón. Cambiándome, fortaleciéndome. Se solidificó al terminar de traspasarme y cayó por el abismo de Myriad, donde desapareció entre la neblina.

—Siempre —susurré.

—¡Caleb!

Dos figuras salieron de entre los árboles. Eran mi papá y Juan.

—Caleb, hijo.

Corrió hacia mí y me abrazó tan fuerte que me costó respirar. No había rastro de herida en su brazo.

—Pa... papi. Lo siento, papi, ¡lo siento mucho!

Lo abracé. Temía que se escapara de mis manos, pero no lo hizo, sino que permaneció ahí, junto a mí. Sosteniéndome.

—Yo también lo siento.

No podíamos parar de llorar. No lo solté y no me soltó, como cuando abrazaba a mi madre. Pero, esta vez, era mi padre. Y no nos abandonaríamos el uno al otro. Ya no.

Capítulo Diecinueve



Adiós

Una horda de goarks nos rodeó.

—¿Ahora qué, Caleb? —me susurró Tara, la elfa.

Apreté la perla lunar contra mi pecho. No permitiría que me la quitaran.

Abriéndose paso entre la multitud de goarks, apareció el general Tsutter.

—¡Tú! Pensé que te había derrotado —grité.

—¡Ja! Pues sigo aquí, vivito y coleando.

—¿Caleb? —Tara insistía en que le dijera mi plan, pero lo que ella no sabía era que yo decidía sobre la marcha.

—Dame la perla —escupió Tsutter.

—Le haces honor a tu nombre al hablar. —Me sequé su saliva de la cara.

—¡Calla! Y dame la perla. No *tiente* mi paciencia.

—¡Jamás! La defenderé con mi vida.

Tsutter sonrió.

—*Pue* con tu vida será.

Tras una señal de su cabeza, la horda se abalanzó sobre nosotros para cortarnos en pedacitos con sus hachas oxidadas.

—¡Caleb! —gritó Tara.

Agarré la perla con mi puño derecho y golpeé el suelo, provocando una onda expansiva que derribó a todas las bestias.

—¡Imposible! —gritó Tsutter.

Desenvainé mi espada y arremetí contra el general. Nuestras armas chisporrotearon al impactar, salpicando por doquier, mientras ágilmente nos debatíamos entre la vida y la muerte.

—Esto acabará hoy, Tsutter —dije, escupiéndole el «Tsu».

—¡Eso *e* trampa!

—No sabía que la perla hacía eso —dijo Tara, sorprendida.

—Callen, estamos peleando.

Con un golpe de mi espada, le corté una pierna al general, que se hizo torta contra el piso.

—¡Trampa!

—¡Cállate y muere, vil criatura! —Alcé mi espada y se la clavé en el pecho.

Ah, vil es otra palabra coleccionada, significa despreciabl...

—¡No, *e* trampa! —Tsutter lanzó su arma a un lado, poniéndose en pie como si no lo hubiera empalado.

—No te puedes levantar así —me quejé.

—Pero he dicho que *e* trampa. No le *puede* inventar lo que quieras a esa perla de no sé qué.

—Perla lunar. Y sí puedo, es mi perla.

—Bueno, *pue* así no juego. Me cansé de jugar a hacer de malo. Me toca ser el héroe.

Tsutter, que ahora se parecía a Juan, se dirigió a Tara, que había cambiado a Estefany.

—Me apoyas, ¿*verdá*, Estef?

—Sí. Yo quiero ser la mala.

—Pero no puedes. Eres una bella elfa —protesté.

—De bella, nada. Seré una bruja horripilante que come niños como ustedes.

—Eso no encaja con mi historia.

Desde que les había mostrado mi lugar favorito número uno a Juan y a Estefany, se hizo ley entre nosotros jugar allí por las tardes. Menudo giro inesperado, ¿eh? Déjame decirte que los tres formábamos un muy buen equipo.

—¿Qué dices? Podemos jugar a lo que queramos —se quejó Estefany.

—Sí, yo seré el apuesto héroe —insistió Juan.

Estefany y yo nos miramos y nos dio un ataque de risa.

—Ey, ¿qué significa eso? —refunfuñó Juan.

—No, nada, perdón —dije, secándome las lágrimas.

—*Ademá* —agregó Juan—, eso de la perla no tiene sentido, ¿*me puede repetir qué e?*

—Sí, yo tampoco le llego —dijo Estefany.

Suspiré.

—Lo he explicado cuchucientas veces. —Miré al cielo, estaba anocheciendo—. Qué más da. No juguemos más por hoy, ya es tarde.

—Okey.

—Recuerden: mi cumpleaños es mañana.

—Sí, Caleb, cómo olvidarlo, si nos lo dices todos los días —cantaron al unísono Juan y Estefany.

Chocamos los puños y cada uno se dirigió a su casa.

Muchas cosas habían cambiado desde aquel día, incluso habíamos salido en *La hora*, el periódico de aquellos reporteros. Bueno, realmente hablaban del chupacabras. Habían añadido algunas declaraciones nuestras, nada más. No escribieron que la bestia había desaparecido, no era comercial, según mi papá. Pero, bueno, por lo menos tuve mis segundos de fama. En el colegio, todos se acercaban a mí y a Juan para preguntarnos por nuestra experiencia. Solía contestar él. ¡Sorpresa, sorpresa! Se le daba bien inventar historias.

Seguro que te preguntarás quién se quedó con la chica. Digamos que preferimos dejarlo para cuando fuésemos adultos. Según mi madre, eso empezaría a interesarme entonces. Por el momento, éramos buenos amigos.

Antes de entrar a mi casa, percibí el olor de lo que en mi país llamamos los tres golpes: plátano verde majado con queso, huevo y salami. La boca se me hizo agua. Mi papá llevaba varios días consecutivos encargándose de la cocina y su comida me parecía excelente. Aunque hablásemos idiomas distintos, los dos nos esforzábamos por entendernos. Lo más importante era que nos amábamos.

Mi papá me abrazó fuerte y nos sentamos en la mesa. Al inicio, sus abrazos eran bien flojos, pero la práctica hacía al maestro, ¿no?

La cena estuvo llena de pláticas y chistes, casi como en los viejos tiempos con mamá. Pero, pensándolo mejor, estas eran mejores, pues las vivíamos en el presente.

Volvimos a la iglesia, lo cual le sentó muy bien a mi papá. Había dejado la bebida y se bañaba más seguido. Incluso orábamos todas las noches antes de dormir.

—Papi.

—¿Dime? —dijo, arropándome en la cama.

—Te amo.

—Yo también te amo, peque.

—No soy pequeño. Mañana cumplo diez.

—Claro, claro. Lo que pasa es que para mí tú siempre serás mi pequeño.

No podía rebatir esa lógica, además, me encantaba. Pero solo se lo permitiría a papi, para los demás sería ya un adulto.

Me besó la frente, apagó la luz y cerró la puerta.

Me quedé pensando en lo sucedido, más bien, en Dodo. Muy dentro de mí, sabía que volvería a verlo. Quizá, al día siguiente o al cabo de unos años. Pero, cuando ese momento llegara, estaría listo para escucharlo y entender su nuevo mensaje.

FIN

Palabras del autor

www.faustogenao.com

Siempre digo que el mejor regalo que le puedes hacer a un autor, es leer sus libros. Por eso, te doy gracias por invertir de tu tiempo en esta historia, la cual es muy especial para mí.

Mi amigo imaginario es una autobiografía emocional de mi infancia. Gran parte de los sentimientos del protagonista, son propios. Míralo como una carta a mi niño interior y por ende una carta al tuyo también.

Esta carta contiene una lección de vida que, si se aplica, te ahorrará muchos sufrimientos y heridas emocionales en tu vida. Lo sé, pues aún sigo en el proceso de sanar muchas de las mías.

Espero hayas disfrutado de este tiempo tanto como yo al escribirla, y de ser así, te agradecería que dejaras tu opinión sincera en www.amazon.com, me ayudaría mucho a seguir permitiendo que otras personas conozcan de Dodo y el mensaje que les trae. Se que yo lo hubiera apreciado siendo un adolescente o incluso ahora en la adultez.

Grupo de lectura

A continuación, te dejo algunas preguntas que te podrían ayudar a extraer más la idea central de la historia, ya sea a modo personal o como grupo de lectura:

¿Qué enfermedad tenía la madre de Caleb?

¿Qué piensas de la actitud de Caleb frente a su madre enferma? ¿Te identificas en sus reacciones?

¿Qué piensas de la historia del personaje de Juan?

¿Qué es la perla lunar?

¿Qué lección quería la madre de Caleb que su hijo entendiera?

¿Qué es Dodo? (Si crees tener una respuesta a esta pregunta en particular, coméntala con el hashtag **#DodoEs** en tus redes sociales. Sería muy interesante ver las diferentes opiniones).

Agradecimientos

Esta es la parte del libro que más fácil se me hace escribir, pues cuento con personas a mi alrededor dispuestas a abrir un espacio en su ajetreada agenda para leer y dar sus valiosas opiniones a este autor apasionado.

Gracias a Norah Arias, Farah Genao, Emilio Martínez, Rocío Inoa y Leticia Méndez por ser mis *beta readers*, sus opiniones y observaciones hicieron mejor este libro. Gracias a Esther Magar, por servir de editora para la corrección de estilo y ortotipográfica, siempre dando un servicio excelente.

Y a ti nuevamente lector, porque como dije, no hay mejor forma de demostrarle amor a un escritor que sacando tiempo para leer sus historias. Infinitas gracias.

